LUNES
REVOLUCION
TONY EVORA

EDITORIAL

Todo lo que pueda añadirse a lo dicho sobre la obra de Antón Chéjov y sobre toda su vida, no será jamás mejor o de mayor importancia que lo dicho por él, por Chéjov, el hombre que vivió sus días y Chéjov el hombre que narró los hechos de aquellos días, y no podrá mejorarse lo que se ha dicho, porque los días que vivimos y las vidas que hacemos no son los mismos de Chéjov, sino volviendo al artista y al hombre genial que es Chéjov y a su obra que es su vida y entonces pensaremos que esto que decimos de él, es lo que él mismo dijo de sí y de su tiempo. Pero LUNES puede decir que al hacer este número sólo desea juntarlo con los festejos y celebraciones que se hicieron en todo el mundo en el año de 1960, que se conmemoró el centenario del nacimiento de este gran ruso y que ahora, el 17 de enero, se cumplen 101 años, y es para ese día de Chéjov en el año 1961, que cinco escritores cubanos: Virgilio Piñera, Heberto Padilla, Antón Arrufat, Matías Montes Huidobro y Guillermo Cabrera Infante tributan su homenaje y lo escrito por ellos se reune a lo escrito por Chéjov: "La Dama del Perrito", "La Mujer del Boticario" y "El Gordo y el Flaco" y su Cuaderno de Notas. También se junta LUNES a los otros festejos celebrados en Cuba y a las lecturas de los cuentos de Chéjov que se han hecho y la puesta en escena de su "Jardín de los Cerezos" y de "Aniversario" y de "Petición de Mano" y de "Sobre el Daño que Hace el Tabaco", y también a "Las Tres Hermanas", que ahora se ensaya en La Habana y al primer programa de Televisión que hará LUNES para Televisión-Revolución, que dedicará a Chéjov, y esto es lo que quieren decir estas páginas de LUNES: decir al pueblo que Antón Chéjov hizo todo esto y más porque era un hombre verdadero y un artista auténtico, y que éste es nuestro homenaje al escritor.

director: guillermo cabrera infante
subdirector: pablo armando fernández
director artístico: raúl martínez
portada de: tony évora
número 91, enero 16, 1961



DeL CuaDeRNo De aPuNTeS De ANToN CHéJoV

Nota y Traducción de Virgilio Piñera

Como todos los grandes escritores, Chéjov ha dejado un material literario ex cátedra, que en buena parte ayuda siempre al investigador en la enorme tarea de las fuentes, de las influencias, inspiraciones, de los temas tomados y abandonados, en fin, esos vastos planos de la imaginación, que el escritor, en su obsesiva búsqueda, pone en pedacitos de papel, en hojas sueltas y hasta en los "puños de la camisa", a fin de no perder el hilo de sus ensoñaciones y visiones.

"Después de la muerte de Chéjov, se encontró entre sus papeles cuatro cuadernos de apuntes que correspondían a los años 1891-1904. Primero se publicaron algunos extractos (1914), más tarde se hizo una edición completa con un prefacio del profesor Leónidas Grossman (1927). Estos cuadernos figuran igualmente en las nuevas ediciones de las Obras Completas, publicadas en la U.R.S.S.

"Aparte de numerosos temas de relatos, de los que sólo una pequeña parte fue utilizada por el autor, se encuentran en estos Cuadernos Borradores, observaciones, reflexiones y notas breves tomadas por Chéjov en el curso de sus viajes al extranjero; también se encuentran direcciones y hasta cuentas, todo revuelto y sin fecha, pues Chéjov no pensaba manifiestamente en publicar estos Cuadernos."(*)

Los Cuadernos, aunque, como decimos, es obra menor, tienen no obstante su importancia: en ellos vemos desfilar la vida rusa de finales de siglo, observada con mirada escrutadora por un hombre genial como Chéjov. Además, como de pasada, el autor nos ofrece una impresión de su propio ser, de sus esperanzas, de sus desilusiones, y por si todo esto fuera poco, también nos habla de la vida del teatro y de los actores. Por juzgar que es lectura apasionante, hemos traducido para los lectores de LUNES algunos fragmentos de los Cuadernos de Apuntes de Antón Chéjov.

(*) Genia Cannac: Introducción a los Cuadernos.

DEL CUADERNO DE APUNTES DE ANTON CHEJOV

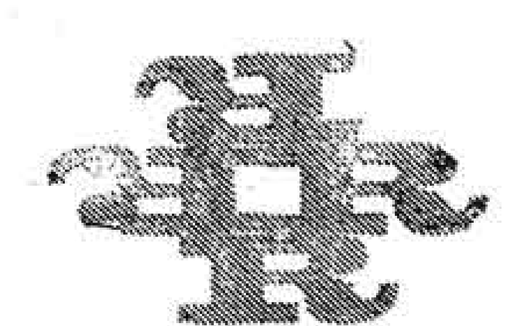
Los hipócritas corrientes aparentan ser palomas; los hipócritas políticos y literarios se disfrazan de águilas. Pero tal aspecto aquilino no tiene por qué intranquilizar a nadie: esos hipócritas no son águilas, son ratas o perros.

Entre "Dios existe" y "Dios no existe" hay todo un vasto campo que el sabio verdadero recorre con gran esfuerzo. Pero el hombre ruso sólo conoce el uno o el otro de dichos extremos; lo que está entre ambos no le interesa; en general, no sabe nada o muy poca cosa.

Los campesinos, que trabajan más que el resto de la gente, nunca emplean la palabra "trabajo".



Hablando de religión durante la comida, los muchachones critican el ayuno, los curas, etc. Su vieja madre empieza por indignarse, pero, habituada sin duda a tales explosiones, se limita a sonreírse; por último declara de golpe a sus hijos que ellos la han convencido: comparte sus ideas. Desasosiego de los hijos, que se preguntan cómo vivirá la vieja de ahora en adelante.



No hay ciencia nacional, como no hay tampoco tabla de multiplicación nacional: lo que es nacional deja de ser ciencia.

Un sabio sin talento, de inteligencia limitada, ha trabajado durante veinticuatro años sin hacer nada que valga la pena y sólo ha podido formar a otros sabios tan limitados y mediocres como él. Mas por la noche, en secreto, se ocupa de la encuadernación: es ésa su verdadera vocación, por la encuadernación se siente artista, y experimenta grandes alegrías. Un encuadernador profesional, apasionado por las ciencias, viene a ayudarlo: éste prosigue sus estudios por la noche, sin que nadie lo sospeche.

Miseria terrible. Situación sin salida. La madre, viuda, y la hija, soltera, muy fea. Por fin la madre se arma de valor y aconseja a la hija que "haga la calle". Le explica que ella misma, en su juventud, y sin que su marido lo supiera, había practicado ese oficio para poder comprarse ropa. Por supuesto, no le falta experiencia e instruye largamente a la hija.
Esta la obedece y pasa la noche en la calle, pero no encuentra candidato: es demasiado fea. Sin embargo, dos días más tarde tres ganapanes que pasan por el barrio, se la llevan. De vuelta a la casa, entrega a su madre un billete: no es más que un billete de lotería ya jugado.

Aquel que se aferra a una actividad que en el fondo le es ajena, como por ejemplo, al arte, se vuelve inevitablemente un funcionario. ¡Cuántos funcionarios gravitan en torno a la ciencia, al teatro, a la pintura! Aquel que se siente extrañado en la vida, incapaz de adaptarse a ella, sólo le queda convertirse en funcionario.

Debemos ser intelectualmente claros, moralmente puros, físicamente limpios.

Mientras más cultos, más desdichados.

Le dan pescado al abuelo: si no se envenena, si se queda vivo, toda la familia comerá del pescado.

Correspondencia: un joven sueña con consagrarse a la literatura, y habla de ello constantemente en sus cartas a su padre; por último, deja su empleo, se va a Petersburgo y se consagra, en efecto, a la literatura: entra al servicio de la censura.

Un hombre cuya pierna fue cercenada por la rueda de un vagón, se inquieta por los veintiún rublos que se quedaron en la bota que llevaba en dicha pierna.

Las formas nuevas en literatura anuncian generalmente formas de vida nueva; he ahí la razón por la cual todo espíritu conservador detesta la literatura moderna.

La opinión de un profesor: no es Shakespeare lo que importa, sino los comentarios sobre Shakespeare.

Un gobernador recientemente nombrado dirige un discurso a sus subordinados. Convoca a los comerciantes: nuevo discurso. En la fiesta del colegio de niñas: un discurso sobre el sentido de la verdadera instrucción. Ante los representantes de la prensa: un discurso. Reune a los judíos: "¡Judíos! Os he convocado..." Pero pasa un mes, dos: no hace nada. De nuevo reune a los comerciantes: otro discurso. Después le toca el turno a los judíos: "¡Judíos! Os he convocado..." Todo el mundo está hasta la coronilla. Por último, el gobernador dice a su jefe: "No, querido, esto es superior a mis fuerzas. Presento mi renuncia."

El amor, la amistad, la estimación no forman lazos tan sólidos como el odio común.

Es menos penoso pedir a los pobres que a los ricos.



DEL CUADERNO DE APUNTES DE ANTON CHEJOV

Un joven coleccionó un millón de sellos de correo, se acostó encima de ellos y se saltó la tapa de los sesos.

Después de cometer ese pecado le amaban más, le testimoniaban mayor confianza; cuando pasaba por la calle notaba que todos eran más amables, más solícitos con él —pues era un pecador.

Un hombre sin bigotes es como una mujer con bigotes.

El hombre no necesita más que tres metros de tierra. —¿El hombre? No, el cadáver. El hombre necesita el globo terrestre entero.

Sólo se encuentra gente honesta en el verdadero sentido de la palabra, entre aquellos que tienen convicciones firmes —conservadoras o liberales—, poco importa; los titulados "moderados" se arriman siempre a las recompensas, a las pensiones, a las condecoraciones y a los aumentos de sueldo.

¿Por qué murió su tío?
—En vez de 15 gotas de Botkine, prescritas por el médico, ¡tomó 16!

En la mayor parte de los casos, el rico es insolente y posee una enorme dosis de infatuación; sin embargo, siente su riqueza como un vicio. Si damas y generales no ejercieran la caridad con su dinero, si no existieran los estudiantes necesitados y los mendigos, el rico se aburriría y se sentiría solo. Y si los pobres decidieran no pedirle más, sería él quien vendría a buscarlos.

Llego a casa de un amigo, allí me encuentro una cena y muchos invitados. Todos están muy alegres. Me divierte parlotear con mis vecinas y beber vino. Estoy muy contento. Bruscamente, N. se pone de pie, con aire grave, como un procurador, y dice un discurso en mi honor: "Un mago del verbo... ideales... en nuestra época, en que el ideal se empaña... ¡Echad las simientes de lo razonable y de lo eterno!..." Aquello fue como si de pronto me hubiesen quitado el gorro mágico que me cubría y me hubiesen apuntado con un arma. Después de ese brindis, bebemos en silencio. Ha desaparecido la alegría. "Ahora le toca a usted", me dice mi vecina. ¿Pero qué quieren que diga? Tenía ganas de darle un botellazo en la cara. Y, cuando me voy a la cama, todavía tengo un regusto desagradable de todo eso.

¿Aristócratas? La misma fealdad de formas, el mismo desaseo físico, las mismas expectoraciones, la misma vejez desdentada y la misma muerte repugnante de los pequeños burgueses.

Se celebra los veinticinco años de trabajo de un editor. Lágrimas; un discurso: "Doy diez rublos en favor de un fondo literario cuyos intereses serán distribuidos entre los más necesitados, a condición de nombrar una comisión especial, encargada de elaborar los estatutos para el reparto de los subsidios."

Hay escritores cuyos libros, tomados aparte, son brillantes, pero cuya obra no tiene un carácter bien definido; hay otros cuyos libros nada tienen de notable, pero cuya obra produce, en conjunto, una impresión brillante y bien definida.



La fe es una facultad del espíritu. Los animales la ignoran; los salvajes y las gentes incultas sólo conocen el temor y la duda. La fe sólo es accesible a los espíritus superiores.

Si quieres volverte optimista y comprender la vida, deja de dar fe a lo que se dice y escribe, observa y penetra las cosas por ti mismo.



La Universidad desarrolla todas las facultades, entre otras la estupidez.

Las gentes más insoportables son las celebridades de provincia.

Se celebraba la jubilación de un hombre modesto. Cada cual aprovechó la ocasión para darse golpes de pecho y cambiar cumplidos. Solamente hacia el final de la comida se dieron cuenta de su falta: se habían olvidado de invitar al jubilado.

CHEJOV

Las clases llamadas dirigentes (y no las clases laboriosas), no pueden estar mucho tiempo sin hacer la guerra. Esa gente se aburre, su ociosidad les pesa y les irrita; no tienen una meta en la vida, se devoran mutuamente, se hacen ruindades, hacen lo imposible por no parecer aburridos a los demás y a ellos mismos. Viene la guerra: ella trastorna a todos, acapara a cada cual; la desgracia común crea lazos.

X se pasó la vida hablando y escribiendo contra la corrupción moral de los criados y los medios para corregirlos y doblegarlos; murió abandonado por todos, salvo por su criado y por su cocinera.

En los trenes de lujo es donde encontramos la hez de la sociedad.

Al desvestir el cadáver se olvidaron de sacarle los guantes: es un cadáver enguantado.

El amor. O es el residuo de un sentimiento otrora muy grande, pero que está en trance de degenerar, o el comienzo de algo que en el futuro deberá desarrollarse y hacerse inmenso; pero en el presente el amor no nos satisface, ofrece menos de lo que esperamos de él.

Durante la representación, el marido de la actriz, que asistía al espectáculo tronando desde su palco, se levantaba y saludaba al público.

DEL CUADERNO DE APUNTES DE ANTON CHEJOV

Un escritor sin talento y que escribe desde hace años, hace pensar en un gran sacerdote por los aires de importancia que se da.

El destino de una actriz. Inicio de su vida: una buena familia, muy rica, en Kertch; la escena: la virtud, un amor ardiente, después los amantes. El final: tentativa de envenenamiento, después, en Kertch, la vida en casa de un tío gordo y bonachón y las tristes alegrías de la soledad. La experiencia ha demostrado que la actriz debe huir del vino, del matrimonio y del embarazo. La escena sólo será un arte en el futuro, actualmente no es más que la lucha por el porvenir.

"¿Cómo? ¿Los escritores? ¿Quieres que por cincuenta kopecas haga de ti un escritor?"

Una actriz cuarentona, fea y sin talento, comía perdiz; y a mí, me daba lástima la perdiz, y me decía, que en vida, esta perdiz había tenido más talento e inteligencia que la actriz.

Un viejo de ochenta años decía a otro viejo que tenía sesenta: "¡Pero no le da vergüenza, joven!"

Si teme a la soledad no se case nunca.
Se casó, compró muebles, una mesa de trabajo, la proveyó de todo lo necesario para escribir, pero no encontró nada qué decir.



Era una actriz que malograba todos sus papeles, que actuó abominablemente toda su vida hasta que murió; nadie la quería y detestaban sus actuaciones. Sin embargo, siguió siendo actriz hasta la edad de setenta años.

En la propiedad había malos olores y reinaba un mal tono: los árboles habían sido plantados a la diabla, de manera absurda; en un rincón alejado la criada lavaba de la mañana a la noche la ropa de los invitados; nadie reparaba en ella. ¡Y se permitía a esos señores hablar, días enteros, de sus derechos y de su grandeza de alma!

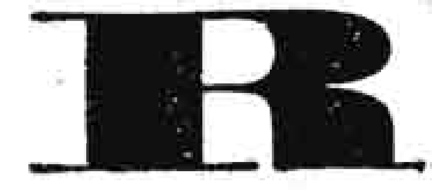
Cuando él (el enterrador), hizo su aparición, tocado con un tricornio, vistiendo un frac con galones y adornado con franjas, ella se enamoró.

Terminada la inspección del edificio, la comisión, que aceptaba prebendas, almorzó con apetito: fue como una comida fúnebre a la memoria del honor.



Son miembros de la Sociedad de Temperancia y de vez en cuando toman su vasito.

N. ha escrito una buena pieza. Nadie se alegra, nadie lo cumplimenta, pero cada uno dice: "¡Veremos lo que va a escribir ahora!"



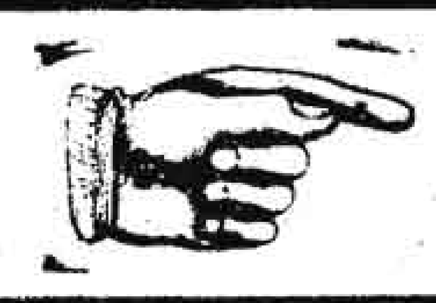
N., que está molesto con su mujer, una actriz (o una cantante), publica sobre ella (y sin que se sepa que es él), críticas desfavorables.

Son honestos: mienten sólo cuando es necesario.

Cualquier hombre es capaz de escribir una pieza que podría ser representada.

Después de la muerte de un consejero civil, se supo que hacía en el teatro el papel de perro —ladraba para ganarse un rublo: era pobre.

Un patriota: "¿Sabía usted que nuestros macarrones rusos son mejores que los macarrones italianos?... Una vez, en Niza, me sirvieron esturión: ¡por poco si no estallo en sollozos! Ese patriota no advertía que su patriotismo era de naturaleza exclusivamente gastronómica.



Un joven tímido visita a unos amigos y pasa la noche en la casa. De pronto entra una vieja de ochenta años que tiene en la mano un irrigador, y sin encomendarse a Dios ni al Diablo, pone un lavado intestinal a nuestro joven. Creyendo que ésa es la costumbre, el joven no protesta. A la mañana siguiente se entera que la vieja se lo puso por error.

Rodaba en coche y pensaba mirando alejarse a su hijo: "Quizás pertenezca él a la generación de personas que, en vez de hacerse traquetear en malos coches, como yo, se elevarán en globos por encima de las nubes..."

Cuando tomaba su leche, N. metía todos los días una mosca en el vaso. Después, adoptando un aire de víctima, preguntaba al camarero: "¿Qué significa esto?" No podía pasarse sin esta broma...

Lo mismo que en la tumba estaré solo, de igual modo, en el fondo, estoy solo en la vida.

Mi divisa: no tengo necesidad de nada.

LAS PIEZAS CORTAS

POR ANTON ARRUFAT

—Llegas en un momento inoportuno.
—¿Por qué? —preguntó mi amigo, parado en la puerta.
—Voy a escribir un artículo sobre el teatro de Chéjov. No puedo atenderte.
—Vaya, vaya. He oído decir por ahí que te gusta más conversar que escribir.
—No vengas a tentarme.
—Te llenas la boca afirmando que tus predilecciones son: conversar, leer, viajar, y por último, escribir. ¿No es cierto?
—Es posible que lo haya dicho. Si me gusta tanto conversar tengo que decir muchas tonterías para seguir conversando.
—Bueno, bueno ¿y qué piensas decir sobre el teatro de Chéjov?
—No es sobre el teatro de Chéjov en general. Quisiera hablar sobre las piezas cortas exclusivamente. Claro, es casi hablar de su teatro en general. Las piezas cortas de Chéjov son como un entrenamiento para sus piezas largas.
—Creo recordar que Chéjov escribió las piezas en un acto antes de empezar a escribir las piezas mayores.
—No tanto. No quieras ayudarme con mi tesis tan pronto. En 1885 Chéjov escribe **En el Camino Real**, al año siguiente, **Sobre el Daño que Hace el Tabaco** y luego **El Canto del Cisne.** Estas obras son parecidas. Plantean ya el problema de su teatro, la frustración, la inutilidad, la cobardía. Pero lo resuelven de un modo dramático. Son obras donde el autor hace llorar al espectador.
—Digamos que son obras sentimentales.
—No quise emplear el término. Sentimental y sentimentaloide casi se confunden, y Chéjov está muy lejos de ser un escritor sentimental en ese sentido. Lo que yo quería afirmar es que el humor, el sarcasmo, no hacen su aparición. El autor no se permite aún mirar a sus personajes con cierta distancia.
—Creo que debemos tomar en cuenta que Chéjov en esas piezas todavía continuaba un poco la tradición rusa.
—Eso puede ser cierto. No es que en esas obras no haya humor, pero es siempre un humor que quiere hacer llorar de pena al espectador.
—Pero tú decías que esas piezas son ejercicios...
—Fue un modo de comenzar. Esas piezas tienen su valor en sí mismas. No pueden comprenderse como preparativos para otras piezas de mayores pretensiones. Creo que hay momentos que un dramaturgo quiere reflejar y que sólo requieren una pieza en un acto.
—Sí, son piezas justificadas...
—¡Eso mismo!, ya que está de moda esa palabra... Un dramaturgo sabe cuando un asunto no da más que para un acto. Y esa es la razón fundamental de esas piezas cortas de Chéjov.
—Quizás te has perdido un poco. Al principio dijiste...
—Entre nosotros se ha perdido el arte de conversar.
—Lo que se ha perdido es el arte de pensar —dijo mi amigo.
—Aceptado. Las tres piezas cortas de las que te he hablado se completan con **Ivanov**, la primera de sus piezas en cuatro actos. Es la historia de un hombre derrotado. En ella Chéjov nos presenta el problema fundamental de su teatro: ¿Cómo debemos vivir para no equivocarnos? Sus personajes viven sin entender la vida, ignoran lo que deben hacer y cómo hacerlo. Este es el caso de **Ivanov.** Con esta obra se cierra el primer "estado" en la creación de Chéjov. Las tres piezas cortas lo abren. Ivanov es la culminación.
—¿Qué piensas tú de **Sobre el Daño que hace el Tabaco?**
—Lo he visto recientemente representado en La Habana. No había tenido oportunidad de verlo antes. Cuando lo leí me pareció la primera parte del monólogo sumamente lograda, pero al final el autor entraba en una serie de consideraciones, y sobre todo, de explicaciones de la conducta de Niujin, que no me parecían tan buenas. Cuando lo vi representado comprendí mi equivocación. Esas partes finales, cuando dice: "¡Lo que importa es escapar a esta vida fea, vulgar, barata, que me ha convertido en un viejo y lamentable tonto... en un viejo y lamentable idiota!..." estaban dichas por el actor en un tono de poca convicción, y permitieron comprender al público que Niujin estaba justificando sus debilidades a costa de su mujer. "Mi mujer, que durante treinta y tres años me ha martirizado!"... Uno no sabe qué significa una pieza de teatro, cuál es su sentido, cuáles son sus verdaderos defectos hasta que no la ve en la escena.
—También puede suceder que la obra se desvirtúe en la escena. Cosa que sucede mucho en Cuba. Por aquí podemos decir que muy pocas obras se han estrenado...
—Es cierto lo que dices; pero eso corrobora mi teoría.
—Yo creo que la mejor pieza corta del Chéjov de ese período, que podríamos llamar "patético" resumiendo lo que dijiste antes, es **El Canto del Cisne.**
—¡Sin duda, amigo mío! Has dado en el blanco. Es la más hábil de las tres, y la más conmovedora. El viejo actor que es homenajeado con un beneficio, y a quien después del espectáculo dejan durmiendo la borrachera en su camarín... Aquí encontramos ya el empleo de los ruidos; de los sonidos misteriosos e imprevistos que Chéjov utilizará con acierto en sus obras mayores. Aquí es un ruido inquietante, que el personaje escucha con terror. Cuando el espectador cree que el viejo actor va a morir en la escena, se escucha el ruido de una puerta que se abre. Tal parece, y te pido excusas por la ingenuidad del símbolo, que la muerte ha entrado en ese "hoyo negro y profundo, donde no se ve nada", que es la sala del público para Svetlovidov, y que viene a buscarlo.
—En **El Jardín de los Cerezos** pasa algo parecido. Se escucha el ruido de los hachazos, en el acto final, que van talando el jardín mientras los propietarios se despiden de los muebles, los tocan con manos temblorosas, gimotean, se abrazan unos a otros, pasean por las habitaciones diciéndoles adiós, mientras los nuevos propietarios esperan para iniciar la nueva vida.
—Y esas llaves que cierran las puertas en la escena final... Pero no hablemos de las piezas largas. Me he propuesto hablar de las obras en un acto. En 1888, Chéjov escribe **El Oso.** Aquí encontramos un modo diferente de resolver las situaciones... Intensifica el humor... No utiliza un final trágico... Presenta un caso de fidelidad. Popova, "terrateniente, viudita y con hoyuelos en las mejillas", ha perdido a su marido hará un año y se propone serle fiel hasta la tumba.
—Me parece que Chéjov quiere demostrar en **El Oso** esa sencilla máxima de que la vida es más fuerte que la muerte. No se trata de un caso de fidelidad, como tú has dicho, exclusivamente.
—¿Tu interpretación es más profunda que la mía? Al principio creí ver a la típica viuda que es fiel a su marido difunto has-

ta el momento en que otro hombre cualquiera llama a su puerta. Son esas viudas disponibles de las que hablaba Quevedo, que iban camino del infierno mirando a todo hombre que pasaba por su lado... Pero tu afirmación es más acertada.

—Si recuerdas la obra te darás cuenta que la viuda no quiere guardar fidelidad a su esposo simplemente por la fidelidad, sino por demostrarse a sí misma que puede hacer lo que su marido no hizo con ella durante su vida.

—Así mismo. Recuerdo el monólogo de la escena II. Allí se habla, poco más o menos, de avergonzar al marido, de demostrarle a su "sombra" su capacidad de amar.

—De eso Chéjov habla en la primera parte, antes de la aparición de Smirnov, el otro terrateniente que entra bruscamente en la casa de Popova a cobrarle un dinero que le debía su difunto marido. Luego se plantea el tema de la obra...

—Eso que dijiste al principio, que la vida es más fuerte que la muerte...

—Indudablemente. Chéjov va destruyendo todas las convenciones. La mujer "ideal", las preocupaciones falsas de Popova, para dejar que los dos personajes se encuentren tal y como son ellos mismos —dijo mi amigo.

—Pero eso no se logra sino mediante la violencia, los gritos, las amenazas.

—Smirnov, después de todos sus **ex abruptos**, reconoce en Popova a una mujer, simplemente. El verdadero sentido de la obra está en que Smirnov y Popova son ideas más que seres. Por lo tanto, no es extraño que sucumban bajo el peso de los convencionalismos sociales, de esa tiranía. A los dos les interesa más el dinero, las raciones de avena para sus caballos, que sus propias personas. Pero la obra se demora, Smirnov y Popova comienzan a hablarse, a descubrirse, y acaban enamorándose violentamente. Han traicionado sus causas —cobrar él lo que le adeudan, demostrar ella a los demás y a sí misma, por consiguiente, la "nobleza" de su alma—, y se transforma en una sola. La vida ha ganado la batalla y sigue su curso normal. Smirnov y Popova se abrazan, ante las miradas atónitas de sus criados, y comienzan a vivir auténticamente.

—Esa interpretación está de acuerdo con mi idea de que Chéjov fue encontrando en su obra el modo de superar las vidas estúpidas de sus personajes.

—Si me permites, quisiera hablar un momento de **El Jardín de los Cerezos**. Es para corroborar tu observación.

—Me halagas la vanidad...

—**El Jardín de los Cerezos** se escribió entre 1903 y 1904. En ella encuentro la representación del final de una época, tal como la presintió Chéjov ayudado por los acontecimientos que fueron preparando la revolución de 1905. Gorki había estrenado en el Teatro del Arte su obra **Los Bajos Fondos**. Chéjov quedó impresionado por esa obra. En su correspondencia lo cuenta algunas veces. Creo ver en el final de **El Jardín de los Cerezos**, ese presentimiento de que la sociedad iba a cambiar, a transformarse. Chéjov liquida toda una época cuando la familia tiene que deshacerse de la propiedad, y otros esperan para empezar una vida mejor. Se ha dicho por eso que el final de la pieza es doble.

—¿Puedo continuar con las piezas breves?

—Prometo no interrumpirte más... hasta que se me ocurra algo.

—Las primeras piezas de Chéjov, dijimos, pertenecían al género patético. A partir de **El Oso**, el elemento humorístico hace su aparición. Mediante él, Chéjov logra un planteo novedoso de las situaciones en su teatro, en él nos esperan algunas sorpresas. Las obras cortas no siguen un curso normal, por el contrario, de repente, la acción o el asunto, adquieren un planteamiento anormal. En **El Oso** hemos visto que el proceso de reconocimiento personal y del amor, se cumple mediante gritos, ofensas, amenazas. En su próxima obra, **Petición de Mano**, encontraremos también ese planteamiento absurdo, inesperado. Al principio te dije, que las obras cortas eran como un entrenamiento, y ahora lo confirmo. Pero esas piezas tienen, separadas de las otras extensas, un sentido particular, que sólo encontraremos luego en algunas escenas, como la del baile en **Las Tres Hermanas**. En **La Gaviota, Tío Vania, El Jardín de los Cerezos**, los personajes se esfuerzan por emplear un idioma habitual, por expresar algunas ideas coherentes, aunque sean pueriles, por explicar en algo su tragedia, pero en las piezas cortas como "**Petición de Mano, La Boda, El Aniversario**, escritas del 88 al 91, antes de **La Gaviota**, no se explica nada, los personajes se entregan al absurdo, a la incoherencia, a la inutilidad, de un modo vertiginoso, histérico, ahogado. Chéjov ha utilizado el humor como un arma implacable de destrucción de la falsedad de la vida, de los convencionalismos estériles, de una vida sin preocupaciones.

—Quizás por esa razón dicen tonterías, disparatan, huyen de sí mismos, y matan el tiempo con juegos, se emborrachan... Tienen la imperiosa necesidad de olvidarse de que son seres vivos.

—**La Boda** y **El Aniversario** son las más terribles de las dos, verdaderos torneos de sarcasmos. Chéjov pone todas las pequeñas preocupaciones, las debilidades y ambiciones pueriles de la burguesía rusa en jaque. Es implacable con ellos; destruye los supuestos de sus vidas. Nunca fue más revolucionario que en esas piezas cortas. Mediante la risa, puso en evidencia el lado serio de las cosas. La madre de **La Boda** ha "vendido" a su hija por la llegada de un General que honrará su casa ese día. El novio corre detrás de la novia con la promesa de obtener la dote de dos billetes de lotería que en aquella época se cotizaban como valores del Estado. En **El Aniversario**, la celebración del aniversario de un banco se convierte en un hecho grotesco, ridículo. En estas obras Chéjov es el precursor de Ionesco, aunque el mundo de **La Soprano Calva** sea más atroz. Las piezas cortas de Chéjov responden a nuestra sensibilidad, o tal vez son más accesibles, que sus obras extensas.

—Eso tiene mucho que ver con el montaje de la obra.

—Muy cierto. Pero a pesar de todo, la agilidad de las piezas cortas, la brillantez, la imaginación y el humor, permiten que el público las reciba mejor.

—Creo que vas a terminar. ¿No es así?

—Antes quisiera leerte algo. Se trata de fragmentos de dos cartas de Chéjov. En el primero encuentro la corroboración final de lo que he dicho, sobre todo en el último párrafo.

—Me picas la curiosidad.

—Aquí las tengo sobre mi mesa. Las he consultado para el artículo que me propongo escribir. La primera dice: "No soy liberal, ni conservador, ni creo en el progreso, no soy monje ni indiferente. Me agradaría ser un artista libre, y nada más, y siento mucho no tener la fuerza para serlo. Detesto la mentira y la violencia en todas sus formas... El fariseísmo, la estupidez y el despotismo no reinan sólo en la casa del mercader y la prisión. Los veo en la ciencia, la literatura, y las generaciones jóvenes... Por eso no tengo preferencias ni por la policía, el carnicero, el escritor, la nueva generación. Lo más sagrado para mí es el cuerpo humano, la salud, la inteligencia, el talento, la inspiración, el amor, y la más absoluta libertad. Este es el programa que seguiría si fuera un gran artista." Esta carta es del año 1889.

—Indudablemente, la destrucción que Chéjov realizó de los prejuicios de la burguesía, está inspirada en esos principios, en esas palabras finales de su carta. ¿Y la otra?

—La otra carta es del año 88 y encierra todo un programa de estética. Es una saludable lección para nuestros escritores. Dice así: "En conversaciones con mis colegas siempre insisto que la tarea del artista no es resolver los problemas que requieren el conocimiento del especialista. Es inapropiado que el artista maneje un material que no entiende. Hay especialistas para esas cuestiones: el futuro, el capitalismo, los males de la bebida, etc. Que en el oficio no hay preguntas, sólo respuestas, no puede ser la opinión sino de aquellos que nunca han escrito, o que nunca han pensado con imágenes. Un artista observa, selecciona, adivina, y combina —y esto presupone un problema. De otra forma no habría nada que resolver, o que seleccionar... si negamos que el proceso creador implica problemas y motivos, tenemos que confesar que el artista crea sin premeditación o intención, en un estado a aberración... Tienes razón en exigirle al artista una actitud inteligente hacia su obra, pero confundes dos cosas: resolver un problema y presentar un problema correctamente. Sólo el segundo es obligatorio para el artista. Ni **Ana Karenina** ni **Eugeni Oneguin** solucionan ningún problema, pero nos satisfacen completamente porque los problemas están presentados correctamente."

—Pero tengo entendido que Chéjov acostumbraba a anular sus opiniones con otras opiniones contradictorias.

—Sí: sus cartas, a menudo, anulan sus cartas.

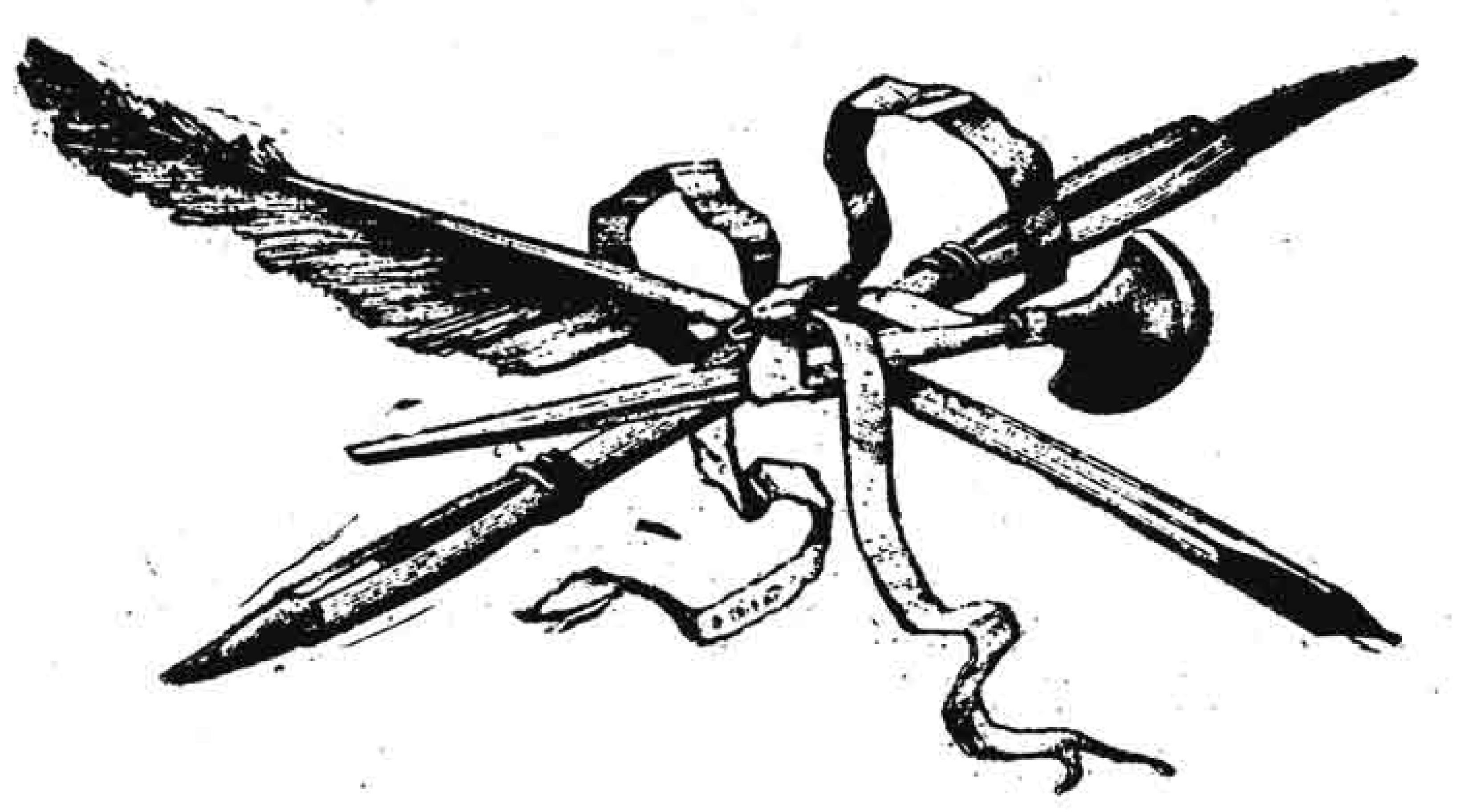
—Bueno, me retiro para dejarte escribir tu artículo. He oído decir que los escritores cubanos deben andar con una grabadora, pues hablamos más de lo que escribimos.

—Entonces haremos una literatura grabada en vez de escrita. ¿Tienes la tuya preparada?

—Está debajo de la mesa. He grabado nuestra conversación sin que te dieras cuenta. Ahora pasaré en máquina lo que dijimos, sin arreglar nada. La literatura cubana original está en las cartas y en las conversaciones, lo demás es retórica o imitación. ¿No lo crees?

—No tanto, amigo mío. Pero hablábamos de Chéjov, no de nosotros. Por ese camino iremos muy lejos, y es mejor terminar aquí. Hasta la vista. Prometo interrumpirte la próxima vez. Leeré nuestra conversación cuando se publique. Hasta luego.

—¡Adiós!



"Las tres hermanas" en el Teatro de Arte de Moscú.



PReSeNTaCióN De LaS VoCeS

POR MATIAS MONTES HUIDOBRO

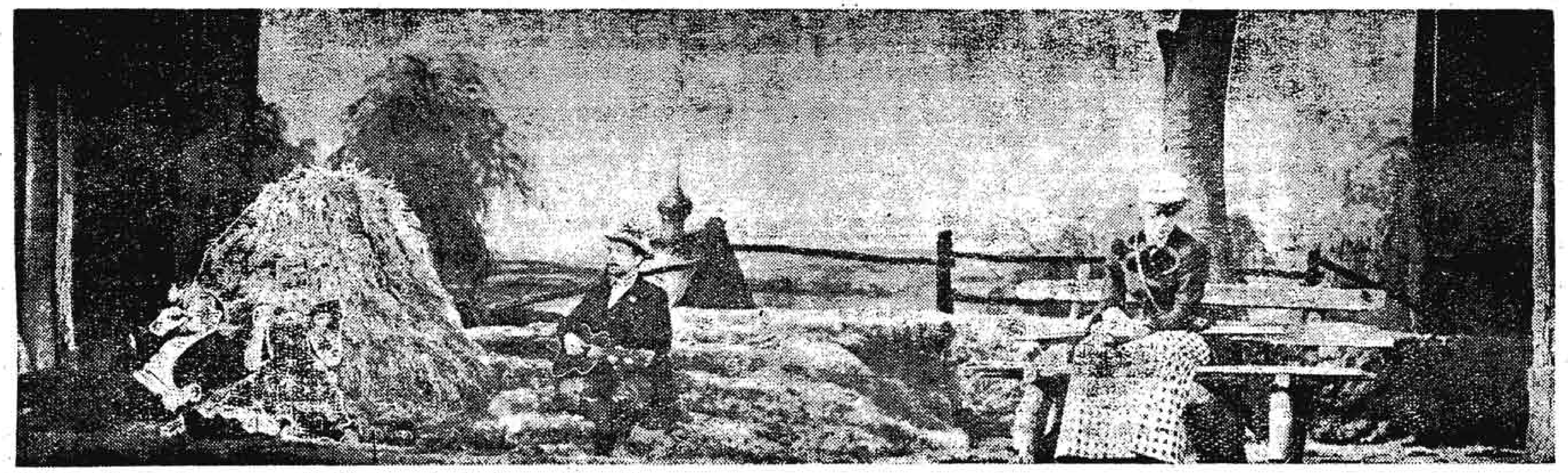
CHEJOV





Las tres hermanas

La PRoPia VoZ De CHéJoV



"El jardín de los cerezos" (Teatro de Arte de Moscú).

JUSTAMENTE es él quien tiene la palabra. ANTON CHEJOV hablará a través de sí mismo. Es decir, a través de sus personajes, la esencia de sí mismo. Algo más diré sobre su teatro, algo más entre lo que ya se ha dicho. Algo diré. Cada cual tiene su opinión y sus gustos. Pero es más importante dejar que sus voces se escuchen y dejar que mis conceptos se comuniquen por medio de sus voces, porque han sido esas voces el origen de mis conceptos. El teatro de CHEJOV tiene dentro de mí sonoridades específicas, porque dentro de cada cual cada cosa tiene su propio sonido, inexpresable tal vez y diferente. Mucho más un teatro como el de CHEJOV, donde las artificialidades usuales y las estructuras complejas se rompen para dar paso a un mundo distinto lleno de sutilezas y silencios.

Cuando se lee una obra de CHEJOV podemos encontrarnos al final desconcertados y sorprendidos, y puede parecernos a primera vista que la acción no se ha proyectado hacia adelante y que los caracteres han permanecido estáticos y sin desarrollarse. Pero no es así. Sin darnos cuenta presenciamos un proceso destructivo. Sus obras son difusas y su carencia de una trayectoria anecdótica con significado externo las hacen en cierto modo olvidadizas. Si me preguntaran en este momento sobre el argumento de "LAS TRES HERMANAS", no sabría exactamente responder. No hay un asunto exterior que nos "agarre", sino que tenemos que descubrir lo que pasa a través de las insignificancias, las charlas, los encuentros y las despedidas. Carece su teatro de todo elemento de efecto fácil y artificial, pugnando en todo sentido con el concepto usual de la teatralidad. De ahí que su teatro sea esencialmente difícil.

El teatro de CHEJOV, por otra parte, sólo puede adquirir fuerza en el escenario, como tiene que ser, y no en su lectura. La extraordinaria movilidad de lo intrascendente necesita la presencia de los actores, lo que demuestra la vitalidad que tiene su teatro. La lectura de "EL CASAMIENTO", por ejemplo, es casi intolerable y aburrida. Se hace difícil descubrir el sentido a tanta palabra pequeña. Pero en la escena esa complejidad del movimiento cotidiano adquiere riqueza y atractivo sin que sea necesario caer en la burda caricatura. Porque la representación de una obra de CHEJOV puede llevar, sin duda, cuando no se hace bien, de lo incoloro a lo grotesco.

CHEJOV reduce sus argumentos a su más simple expresión y apenas le da color para que esos argumentos se proyecten con fuerza. El centro argumental de "EL JARDIN DE LOS CEREZOS", la pérdida de la propiedad, no se subraya con colores violentos, sino que es una atmósfera melancólica que se extiende a lo largo de la obra, una tristeza infinita que no está precisamente en los parlamentos, sino en el lento devenir de la acción. En muchos momentos, la acción se aleja de su motivo central y sin darnos cuenta nos perdemos en un mundo de palabras cotidianas.

Particularmente, prefiero las obras de CHEJOV en un acto. En ellas la acción cotidiana es más movida y concreta, los temas se dispersan menos, las situaciones son más limitadas. Además, están llenas de color. En fin, la captación es más rápida y exige menos esfuerzo de parte de nosotros. Sus obras en cuatro actos, por el contrario, exigen un profundo esfuerzo intelectivo para poder descubrir exactamente el secreto. Al no existir recursos externos destinados a mantener el interés, tenemos que estar alertas para no perder el significado de la situación. De lo contrario caeremos nosotros también en el tedio y el fastidio.

Dejemos ahora el camino abierto a sus voces. A las voces que me han hablado a mí. Me parece que ellas son lo suficientemente expresivas por sí mismas para necesitar muchas explicaciones. Y el lector será lo suficientemente inteligente para comprender lo que yo quiero decir a través de su selección. La simple acotación de las localizaciones rurales de seis de sus obras, lleva en sí misma la determinación de las preferencias ambientales del autor y enfatizan claramente que las localizaciones rurales son las únicas posibles en su teatro, porque el análisis del tedio que él hace tiene su mayor expresión en la vida rural.

Hablarán las voces y ellas nos conducirán hacia los puntos a mi parecer esenciales dentro de su teatro: el tedio y el anhelo de ser, lo que se es y lo que consume a ese estado de existir, la esperanza final como único remedio. De ese modo no seré yo, sino las voces agrupadas de acuerdo con su significado, las que nos lleven hacia el mundo de CHEJOV y las que expliquen claramente lo que esas voces y esos ámbitos han logrado decirme.

EN "LAS TRES HERMANAS"
Olga, Irina, Natasha, Tusenbach, Chebutikia.

EN "EL JARDIN DE LOS CEREZOS"
Liubov Andréievna, Lopajin, Varia.

EN "IVANOV"
Ivanov, Borkin, Anna Petrovna, Shebelski, Marfa Egórovna, Sasha, Zenaida Savishna, Avdolia Nazárovna, Lébedev, Kosyj, Lobv.

PRESENTACION DE LAS VOCES la propia voz de CHEJOV

EN "EL TIO VAÑA"
Voinistsky, Astrov, Elena Andréievna, Serebriakov.
EN "LA GAVIOTA"
Arkádina, Nina, Trigorín, Tréplev, Masha, Medvedenko, Dorn, Polnia.
EN "EL CAMINO REAL"
Bortzov.
EN "UN TRAGICO A PESAR SUYO"
Tolkachov.
EN "EL CASAMIENTO"
Aplómov, Natasia, Andriushenka.
EN "EL ANIVERSARIO"
Sra. Merchútkina.
EN "EL OSO"
Smirov.

ALGUNOS LUGARES

La acción se desarrolla en la finca de Sorín.
La acción se desarrolla en la finca de Serebrikov.
La sala, en la finca rural de la señora Popova.
La acción se desarrolla en una capital de provincia.
La acción se desarrolla en la propiedad rural de Chubukov.
La acción pasa en uno de los distritos de la Rusia Central.
La acción en lugares diferentes, pero en un mismo lugar.

El prólogo a cargo de
TREPLEV: "...y para mí el teatro contemporáneo es una mera rutina, convencionalismo... Cuando en mil variaciones me ofrecen siempre lo mismo, siempre lo mismo, me escapo corriendo y huyo...

Ahora, todos los personajes a la vez, hablan en escena. Son las voces desesperadas que comen mientras "se van destruyendo sus vidas".

ANALISIS DEL TEDIO

La rutina viene sobre ellos, día a día, y los consume.

ASTROV: Estamos frente a una degeneración, producto de una lucha por la existencia que es superior a nuestras fuerzas; una degeneración causada por la rutina, la ignorancia una falta total de comprensión.
ELENA: ¡Me muero de aburrimiento! ¡No sé qué hacer!
ASTROV: Y además, la vida por sí misma es aburrida, estúpida, sucia... Esta vida se lo traga a uno...
MEDVEDENKO: (Suplicante) ¡Masha, vamos! ¡La criatura seguramente tendrá hambre!... Es la tercera noche que ya está sin ti.
MASHA: ¡Qué aburrido te has vuelto! Antes, por lo menos, filosofabas algunas veces, pero ahora nada más que la criatura y la casa, la criatura y la casa, y no se te puede sacar de ahí.
ELENA: Probablemente, Ivan Petróvich, usted y yo somos tan amigos porque ambos somos gente aburrida, cansadora.
SORIN: ¿Por qué está de mal humor mi hermana?
TREPLEX: ¿Por qué? Porque se aburre... Hay que elogiarla solamente a ella, entusiasmarse, gritar... Pero como aquí en el campo no hay ese incienso, se aburre, se irrita y todos nosotros nos convertimos en sus enemigos, todos tenemos la culpa...
NINA: ¿Ve en la otra orilla una casa con un jardín?
TRIGORIN: Sí.
NINA: Es la finca de mi difunta madre. En ella nací. He pasado toda mi vida junto a ese lago y conozco cada islita.
ARKADINA: ¡Ah, qué puede haber más aburrido que este simpático tedio aldeano! ¡Calor, silencio, nadie hace nada, todos filosofan!
NINA: (Entusiasmada) ¡Qué bien! ¡Cómo la comprendo!
MASHA: Sí. ¡Estoy aburrida del invierno! Ya he olvidado cómo es el verano.
TOLKACHOV: Mi adorable esposa ya está en guardia. Ni bien ha alcanzado a tragar apenas unas cucharadas de sopa, se apodera de mí, pobrecito de Dios... "¿No te gustaría concurrir a una representación de aficionados o a una pista de baile?" Y cuando, después de medianoche, te vuelves del teatro o del baile a la casa, ya eres un hombre, si no una piltrafa que no sirve para otra cosa que para ser tirada.
INVITADO: ¡Uno está tan aburrido que sería capaz de echar a correr y darse cabezazos contra la pared!
MARFA: Todos caminan y se sientan como si hubieran tragado un palo. Del aburrimiento se congelan los huesitos.
IVANOV: Cargué sobre mis espaldas esa carga y mis espaldas se quebraron. A los veinte años todos nosotros ya somos héroes, nos encargamos de cualquier cosa, podemos todo, y a los treinta ya estamos fatigados, no servimos para nada. ¿Cómo, cómo vas a explicarte tú esa fatiga?
IVANOV: Y ahora... ¡Oh, Dios mío! Estoy fatigado, no tengo fe, paso los días y las noches sin hacer nada.
INVITADO: Uno se pondría a aullar como un lobo, de aburrimiento y de hambre, y a morder a la gente.
IVANOV: (Que aparece en la avenida con Lvov). No se case ni con una judía, ni con una psicópata, ni con una intelectual. Elija para Ud. algo común, gris, sin colores fuertes, sin demasiado sonido...
IVANOV: Mire, Ud. me dice que ella va a morir pronto y yo no siento ni amor, ni lástima, sino algo como un vacío, una fatiga.
EL INVITADO BOSTEZA.
TRIGORIN: Sí. Cuando escribo es agradable. Corregir las pruebas también es agradable, pero... apenas sale publicado, ya no lo soporto, ya veo que fue un error, que no es lo que quería escribir... Y siento fastidio y un humor pésimo... Y el público lee: "Sí, no está mal, es talentoso..." Y así hasta la tumba todo será nada más que "agradable y talentoso", "agradable y talentoso", Y nada más.
SHABELSKY: Al fin y al cabo, Nicolás, es inhumano. Tú sales todas las noches y nosotros nos quedamos solos. De puro aburrido nos acostamos a las

ocho. Esto no es vida, es una porquería.

ZINAIDA: Organiza algo, que ya está todo el mundo aburrido.

SASHA: Escúchenme, háganme un favor: si no quieren bailar, reírse, cantar, si todo eso les aburre, entonces les ruego, les suplico que por lo menos una vez en la vida, para nuestra satisfacción, unan las fuerzas y todos juntos, para asombro o para diversión, inventen algo ingenioso, brillante, digan algo audaz, atrevido, o una trivialidad, pero que sea divertido y nuevo, o todos juntos hagan algo pequeño, apenas perceptible, pero que parezca un poquito una hazaña, para que las muchachas siquiera una vez en su vida, al mirarlos, puedan exclamar: ¡Ah!

BORKIN: Pero, ¡de veras, señores! ¿Por qué están todos con las caras largas? Están sentados como a la fuerza... Vamos a hacer algo... ¿Qué quieren? ¿Las prendas, el gran bonete, las escondidas, fuegos artificiales?

"EL HOMBRE QUE QUERIA"

Por eso, abrumados, aniquilados, luchan y se desesperan por escapar, anhelan, quieren, sin apenas hacer un movimiento, dejando consumir su llama.

SORIN: Quiero dar a Kostia un argumento para una novela. Tiene que llamarse así: "El Hombre que Quería". Hubo un tiempo, en mi juventud, en que quería hacerme literato, pero no me hice; quería hablar bellamente, y hablaba repulsivamente; quería casarme y no me casé; siempre quise vivir en la ciudad, y miren, termino mi vida en el campo... y así todo...

IRINA: Ir a Moscú... Vender la casa, liquidar todo aquí, y a Moscú...

OLGA: Sí, cuanto antes a Moscú...

SEREBRIAKOV: ¡Quiero vivir, me gusta el éxito, la popularidad, el bullicio, pero aquí, como en un destierro...!

VOINISTSKY: Si Ud. supiera cómo sufro ante la idea de que al lado mío, en la misma casa, esté pereciendo otra vida: ¡la suya!

IRINA: Va a salir el solitario, ya lo veo: ¡vamos a Moscú!

POLVNIA: Eugenio, querido, adorado, lléveme con usted. Nuestro tiempo pasa, ya no somos jóvenes y siquiera en el fin de nuestra vida podremos vivir sin ocultarnos, sin mentir...

ANDREI: ¡En qué forma tan extraña cambia la vida, cómo engaña! Hoy, de puro aburrido, de no tener nada que hacer, tomé este libro, apuntes de la Universidad de cuando yo estudiaba, y me dio ganas de reír... ¡Dios mío, empleado del Consejo Provincial! Empleado... ¡Todo lo que puedo pretender es llegar a ser vocal de ese Consejo Provincial! ¡Yo, vocal del Consejo Provincial de aquí; yo, que todas las noches sueños que soy Profesor de la Universidad de Moscú, un famoso hombre de ciencia del cual se enorgullece la tierra rusa!

SHABELSKY: Ante todo me iría a Moscú a escuchar a los gitanos. Después... volando a París. Allí tomaría un departamento, frecuentaría la iglesia rusa...

ANNA PETROVNA: Horriblemente aburrido. ¿No tocaríamos otra vez a dúo?

MASHA: Me parece que si ahora estuviera en Moscú el tiempo no me importaría.

ANDREI: ¡Oh! ¿Dónde está?, ¿dónde se ha ido mi pasado? Yo era joven, alegre, inteligente, soñaba y pensaba con elegancia, mi presente y mi futuro estaban iluminados por la esperanza... ¿Por qué apenas comenzamos a vivir nos volvemos aburridos, grises, opacos, perezosos, indiferentes, inútiles, desgraciados!

VOINITSKY: Durante veinticinco años yo metido entre estas cuatro paredes como un topo. ¡Tú has arruinado mi vida, yo no he vivido! ¡Yo no he vivido!

IRINA: ¿Dónde se ha ido a parar todo? ¿Dónde está? ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

OLGA: Sí, cuanto antes a Moscú!

IRINA: ¡A Moscú! ¡A Moscú! ¡A Moscú!

MASHA: ¡Estoy harta, estoy harta, estoy harta!

IRINA: Lo he olvidado todo, todo... Jamás, jamás iremos a Moscú... Ya veo que no iremos...

Y EL HOMBRE QUE ERA

El tedio. Los anhelos. La terrible asfixia de una vida realizada en pequeño. La realidad del hombre es su empleo, su buró, su silla. Nuestros personajes se consumen en su trabajo. En lo que son.

SORIN: (Se ríe). A Ud. le es fácil razonar. Ha vivido una vida intensa. En cambio yo... Trabajé veintiocho años en una Secretaría de Justicia, pero aún no he vivido. No he experimentado nada y, al fin y al cabo, es lógico, y también quiero vivir... Y por eso en la comida bebo jerez y fumo cigarro, eso es... Y eso es todo.

OLGA: De estar todos los días en el Liceo y después de dar lecciones hasta la noche, tengo un continuo dolor de cabeza e ideas de vieja. Y, efectivamente, siento que cada día se me van, gota a gota, las fuerzas y la juventud. Y sólo crece y se arraiga en mí un ensueño...

DORN: Pero usted, en primer lugar, no es creyente, y en segundo, ¿qué pecado tiene Ud.? Trabajó veinticinco años en el Departamento de Justicia y nada más.

SORIN: (Riendo). Veintiocho.

IRINA: Estoy cansada. No me gusta el telégrafo. No me gusta. Hay que buscar otro empleo, éste no es para mí. Lo que tanto deseaba, lo que tanto soñaba, justamente es lo que no tiene.

IRINA: ¡Basta... Basta! He sido telegrafista. Ahora trabajo en la Municipalidad y detesto y desprecio todos los trabajos que me dan. Adelgacé, envejecí, me afeé, y nada, nada, ninguna satisfacción; el tiempo pasa y siempre me alejo de la vida verdadera.

RUBLOS, KOPEKS, RUBLOS, KOPEKS

Y los oscuros intereses creados, el dinero, el dinero, gravitan sobre ellos junto al tedio, el trabajo y las otras frustraciones, para frustrarlos aún más, cada vez más, para empequeñecerlos.

SRA. MERCHUTKINA: Tenga la bondad de tomar nota, Su Excelencia. Mi marido, el auxiliar de Administración Provincial, Merchútkina, ha estado enfermo cinco meses y mientras se encontraba en casa bajo tratamiento lo despidieron sin ninguna razón, Su Excelencia, y cuando fui a cobrar su sueldo ellos, ¡fíjese por favor!, descontaron de su sueldo 25 rublos y 63 kopeks.

APLOMOV: Por ejemplo, aparte de los objetos de utilidad doméstica, usted había prometido entregarme, como parte de la dote de su hija, dos títulos de capitalización.

NASTASIA: Aparte de mil rublos contantes y sonantes, le hemos dado a ella tres abrigos, una cama y todo el mobiliario. ¡Encuéntreme en alguna parte dote igual!

BORKIN: ¡Muy agradecido! (Lo remeda). "No los tengo..." ¿Tenemos que pagarles a los peones o no? ¿Tenemos que pagarles?

IVANOV: No sé. Hoy no tengo nada. Espere hasta el primero, cuando reciba el sueldo.

BORKIN: Además, no olvide que dentro de dos días hay que pagar los intereses de Lédevev.

IVANOV: (Indeciso). Verá usted... El asunto es que... pasado mañana vence mi pagaré. Me sentiría muy obligado si me concediera Ud. una postergación o añadiera los intereses a la deuda. Actualmente carezco por completo de dinero.

ZINAIDA: (Asustada). ¡Nicolái Alexéievich, pero no es posible...! No, y ni lo piense, por Dios, no me torture...

KOSYJ: Se quemó con la judía y ahora se desliza hacia los cofres de Ziuziushka. Le apuesto a que dentro de un año va a dejar a Ziuziushka en tren de pedir limosna.

LEBEDEB: Te asignan 15 de dote, pero, teniendo en cuenta que Nicolái Alexéievich debe a tu madre 9, de tu dote se resta.

SASHA: ¡Déjenme en paz! ¡No necesito su dote! ¡No le pedí ni la pido!

LEBEDEB: Aquélla todo el día llorando a gritos, machacando, calculando los céntimos...

MASHA: Ha hipotecado esta casa en el Banco y su mujer se apoderó de todo el dinero; pero la casa no le pertenece a él solo, sino a nosotros cuatro.

SMIROV: Su difunto esposo me quedó debiendo dos pagarés de mil doscientos rublos. Como mañana tengo que pagar los intereses del Banco Agrario, agradecería a Ud., señora, se sirva devolverme ese dinero hoy mismo...

SMIROV: Y yo estoy ahora en tal estado de ánimo, que si mañana no pago los intereses, me van a hacer volar como un cohete.

BORTZOV: ¡Dios mío, pero ya te he dicho, me lo he bebido todo! ¿De dónde quieres que saque para ti? ¿Acaso te vas a arruinar porque me fíes unas gotitas de vodka? ¡Una copa de vodka te cuesta un cobre, pero a mí me librará del sufrimiento!

UN MUNDO PARA ELLOS INCOMPRENSIBLE

La vida en el círculo no implica en ningún modo, la comprensión del círculo. Algunos entienden los kopeks y los rublos. Otros no saben contarlos. Es la única diferencia entre los hombres. Los primeros, viven; los segundos, perecen.

BORKIN: Si fuera un hombre normal, dentro de un año tendría un millón. Por ejemplo: si yo ahora tuviera dos mil trescientos rublos, dentro de dos semanas tendría veinte mil. A la otra orilla del río, Orsiánov vende por dos mil trescientos rublos una franja de tierra, justo frente a nosotros. Si compramos esa franja, ambas riberas son nuestras y tendremos el derecho de cerrar la compuerta. ¿Entiende? Y apenas anunciamos que vamos a cerrar la compuerta, todo el mundo que vive río abajo va a poner el grito en el cielo... ¿Entiende? La fábrica de Sárevo dará 5,000; Korlolkov, 3,000; el monasterio, 5,000.

IVANOV: Todo eso, Mischa, son castillos en el aire... Si no quiere pelear conmigo, guárdeselos para Ud.

LOPAJIN: Todos los días le repito lo mismo. Que es necesario arrendar el cerezal y las tierras para casas de veraneo, hay que hacerlo ahora mismo, lo más pronto posible; tenemos el remate pisándonos los talones. ¡Compréndalo! Tan pronto se decidan definitivamente a arrendar la tierra para las casas de veraneo, recibirán todo el dinero que quieran y están salvados.

LUIBOV ANDREIEVNA: ¡Las casas de veraneo, los veraneantes...! Perdóneme, pero... ¡es tan vulgar!

TRAYECTORIA FINAL HACIA LA ESPERANZA

Estas vidas. Este oscuro camino sin luz. Es necesario algo indefinido, una fuerza que sostenga. Dios tal vez. Un lejano mundo que no nos deje caer hacia el abismo

ANIA: El cerezal está vendido, ya no existe, es verdad; pero no llores, mamá, te queda toda la vida por delante, te queda tu alma buena, pura.

SONIA: Nosotros, tío Vaña, vamos a vivir. Viviremos una larga cadena de días, de largas tardes... Y cuando llegue nuestra hora, moriremos mansamente... Y allá, en el otro mundo, diremos que hemos sufrido, que hemos llorado, que la vida no nos fue amarga, y Dios se apiadará de nosotros. Descansaremos.

NINA: Como un cautivo arrojado a un pozo vacío y profundo, yo no sé dónde estoy ni qué me espera...

ASTROV: Después de nosotros la gente volará en globo, cambiará las formas de las chaquetas, tal vez descubra un sexto sentido y lo desarrolle, pero la vida seguirá siendo la misma, una vida difícil, llena de misterios y felicidad. Y dentro de mil años el hombre suspirará como suspira ahora: "¡Ah, qué duro es vivir!"

TROFIMOV: Pero mi alma, pese a eso, en cada minuto, noche y día, estaba siempre llena de inexpresables sentimientos. Yo presiento la dicha, Ania, yo la veo.

IRINA: ¡Oh, Dios mío! ¡Pasará el tiempo y nos marcharemos para siempre y nos olvidarán, olvidarán nuestros rostros y nuestras voces y cuanto éramos!

OLGA: La música toca con tanta, tanta alegría, que parece que pronto sabremos para qué estamos viviendo, para qué sufrimos. ¡Oh, saberlo, saberlo!

IRINA: Llegará el día en que todos sabrán para qué es todo esto, para qué estos sufrimientos. No habrá ya misterio alguno; pero, mientras tanto hay que vivir... hay que trabajar... nada más que trabajar...

Stanislavsky en "La Gaviota".

PRESENTACION DE LAS VOCES la propia voz de CHEJOV

LAS NOVELAS DE CHÉJOV

Si es cierto que Merejkowski podía localizar zonas comunes en dos escritores tan diferentes como Tolstoi lo fue de Dostoieswki, y evidentemente hay puntos afines en "Resurrección" y en "Los Hermanos Karamasov", no es menos cierto que Antón Chéjov no podría compararse a ninguno de sus contemporáneos.

Separado de ellos primero por aquel sentido deportivo que otorgaba a sus facultades creadoras; enfrascado en el puro quehacer artístico, sin ambiciones ulteriores, pudo crear un vasto mundo al margen de los artistas de su época; y, ni la miseria, ni el hambre, ni la tuberculosis que lo derrumbó cuando más alerta y viva aparecía su fuerza creadora, torcieron sus formas de acercamiento a la literatura. Así respondió Chéjov a sus instancias más profundas, y no falsificó nada en su trabajo.

A juzgar por los escasos testimonios de que se dispone, parece que tampoco prestara mucha atención a sus novelas, ni al novelista que había en él. Prefirió la forma escueta y dinámica del relato y nos dejó los mejores que hayan sido escritos en cualquier lengua, pero sus novelas tienen una significación que me gustaría señalar aquí.

Si leemos "Tres Años", "Los Campesinos" e "Historia de mi Vida", para citar sólo las más importantes, y las comparamos a las novelas del siglo 19 ruso, llegamos a la conclusión de que Chéjov no solamente difería en cuanto a la naturaleza y sentido de la construcción típicas de Dostoieswki, Tolstoi o Turgeniev, sino que se los oponía en lo que el mundo novelístico tiene de más trascendente y peculiar. Chéjov no continúa la línea estética de los grandes creadores rusos del siglo diecinueve. En su obra no aparecen los "temas" del siglo, épicos o científicos, tal en la formidable recreación de "La Guerra y la Paz", y en el análisis sicológico de "Los Poseídos", o "Los Hermanos Karamasov". De Turgeniev lo separaba el estilo, la concepción de los seres y las cosas. De Gorki lo alejaba el compromiso en su fase más externa; de Andreiv, casi todo.

Sus contemporáneos escribieron obsedidos por la voluntad de probar, de incidir en las zonas secretas del ver; de responder a las preguntas eternas. En sus novelas Chéjov no pretende probar nada, no incide en ninguna zona secreta; no responde a ninguna pregunta.

En carta dirigida a Chéjov por el poeta Plestchev, éste le dice que "he oído que se os acusa de no mostrar en vuestras obras vuestras antipatías ni vuestras simpatías. Y unos explican el hecho por vuestro deseo de ser objetivo, por una reserva premeditada; otros, al contrario, por la indiferencia".

Chéjov contesta la carta de esta forma: "Usted me dijo que, en mis relatos estaba ausente el elemento de protesta, que no contienen ni simpatías ni antipatías. ¿Pero es que en el relato, desde el principio hasta el fin yo no protesto contra el engaño? ¿Es que eso no le otorga un "sentido"?

Protestar contra el engaño era para Chéjov mostrar al mundo tal cual era en su momento. Protestar contra el engaño significaba, también, despojarse de prejuicios, de análisis que fueran más allá del comportamiento humano. No le importaba tanto lo que había detrás de cada hombre o mujer, lo que éstos pensaban o soñaban, como los modos de su comportamiento, de su quehacer. De lo otro se reía Chéjov; y, por eso nos ha dejado ese retablo magnífico de seres atareados y actuantes cuyas motivaciones entrañables son sólo visibles a través de sus actos y obras.

No creía, no podía creer en la sicología que ahogaba las novelas de su época. Le sobraban malicia y profundidad para detectar la farsa implícita en el sicologismo de poca monta que inundó la literatura del siglo diecinueve.

Había visto morir, con Dostoieswki, la más grande capacidad de introspección y observación interna de su tiempo; pero no se sintió atraído por el procedimiento. Los personajes de "Tres Años", "Historia de mi Vida" o "Los Campesinos", no disponen de tiempo alguno para analizar sus conflictos internos ni el autor se detiene a darnos explicaciones o referencias de su conducta.

Chéjov interviene únicamente en la rigurosa presentación de los hechos. Lo que hay en ellas de tierno, angustioso o desapasionado, no responde nunca a una voluntad arbitraria de selección. Consciente de cada uno de sus poderes, éstos iban dirigidos hacia la reproducción de las situaciones, de los gestos, de las pausas, de los diálogos muchas veces entrecortados, de las peripecias intrascendentes. En ello residía para él la verdadera expresión de los seres. "El dolor no es sino la representación del dolor", dijo una vez, apartándose de la sicología clásica que aceptaba sin discusión la observación interior o introspección y la observación exterior. Para él en cuanto novelista, el dolor no era sino su realidad visible.

"Los sicólogos de hoy día —escribe Merleau Ponty en su ensayo "Le cinemá et la nouvelle Psichologie"— hacen ver que la introspección no me revela nada. Si trato de estudiar el amor o el odio por la pura observación interior, encuentro muy pocas cosas que describir: cierta angustia, algunas palpitaciones del corazón; en resumen, hechos triviales que no me revelan la esencia del amor ni del odio. Cada vez que llego a observaciones interesantes es porque he logrado estudiarlo como comportamiento, como una determinada modificación de mis relaciones con el prójimo y el mundo. Tenemos que rechazar —concluye el autor de "Fenomenología de la percepción"— este prejuicio que hace del amor, del odio, o de la cólera, "realidades" accesibles a un solo testigo, el que las experimenta. Cólera, vergüenza, odio, amor, no son hechos síquicos ocultos en lo más profundo de la conciencia del prójimo, son tipos de comportamiento y estilo de conducta visibles desde fuera. Están en este rostro o en aquellos gestos y no ocultos tras ellos..."

Para mí, todo el novelar de Chéjov está resumido en ese planteamiento de Ponty. A diferencia de sus contemporáneos Chéjov supo otorgar a su obra una nueva perspectiva de apreciación. Los tipos chatos, miserables, generosos y lúcidos, que constituyen su mundo de novelista, fueron el resultado de su profunda capacidad de observación y de su extraordinaria simpatía humana, pero lo que los hace resurgir cada día con mayor eficacia son las situaciones eternas en las que están insertos, al margen de los parlamentos sicológicos de los que Chéjov logró salvarlos para siempre.

"Lo que yo he escrito podrá ser olvidado dentro de cinco o diez años; pero los caminos que yo he abierto estarán intactos y sin máculas; ese es mi único mérito", dijo al recibir el premio literario Pushkin. Y fue una de las pocas ocasiones en que expresó públicamente las más lúcidas convicciones acerca de su trabajo.

Es una lástima que Chéjov se haya dejado reducir por las tentaciones inmediatas del relato corto. Tenía grandes dotes de novelista y un manejo técnico admirable. Poseía, además, el estilo ágil y exacto que encontramos en las mejores novelas de nuestra época, y la mirada aguda y apta para captar lo cotidiano, lo sencillo, lo banal y lo eterno.

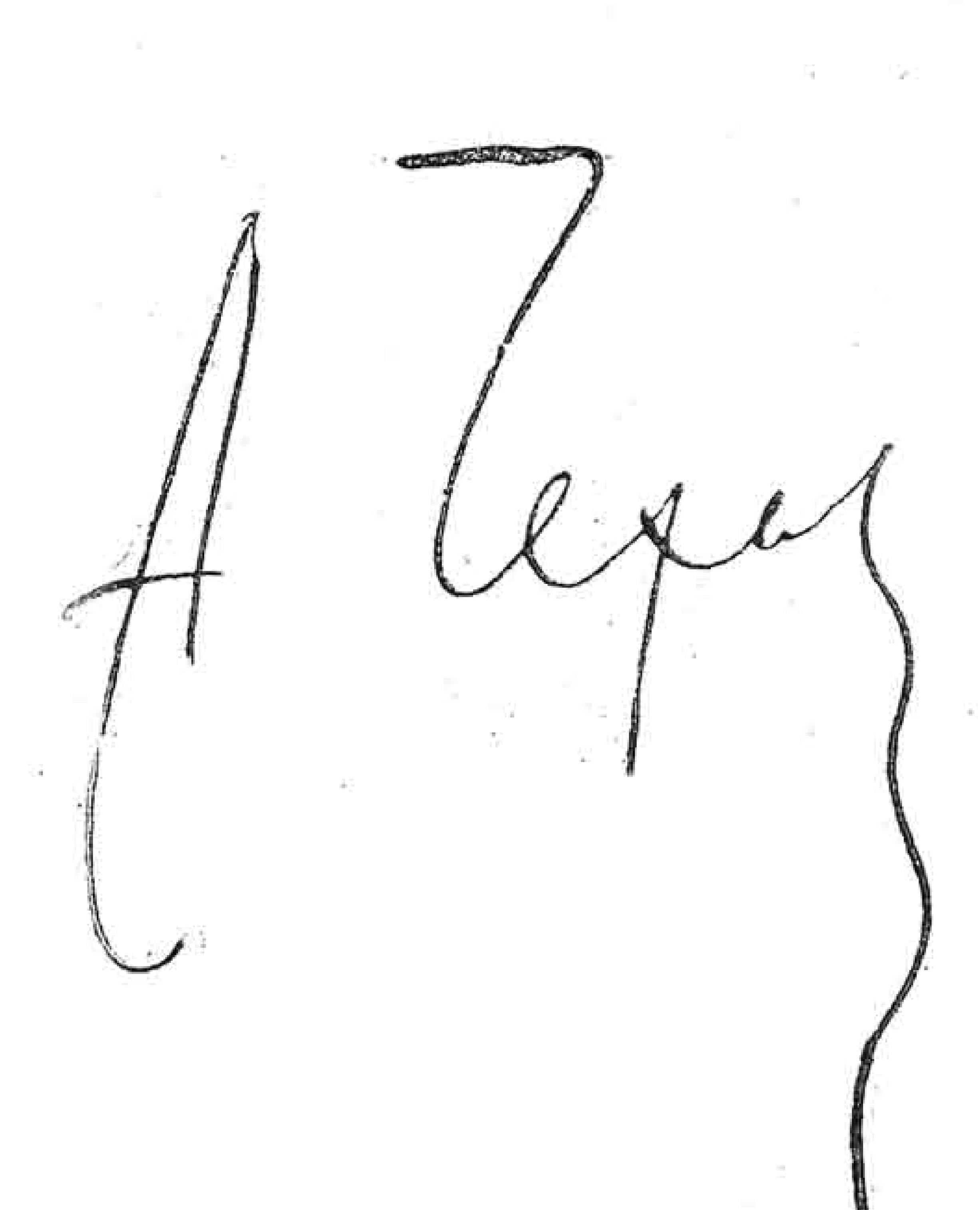
Sus novelas —que no son lo más destacado de su obra— son aquella parte de Chéjov que más nos enseña de su fabulosa artesanía y un anticipo extraordinario de la novela de nuestros días.

POR HEBERTO PADILLA



El misterio de ANTON CHEJOV

POR GUILLERMO CABRERA INFANTE



UN ReCueRDo CHeJoViaNo

Por más esfuerzos que hago no puedo recordar cuándo oí hablar por primera vez de Chéjov, de Antón Chéjov, que entonces no se llamaba Chéjov, sino Tchekhov o Chekhov o Chekof, o algo así, porque no se había traducido del ruso al español directamente, sino del francés al español o del inglés al español y el traductor (a tanto la línea: un obrero a destajo: el verdadero culpable de la mentirosa frase "Traduttore, tradittori"), ni siquiera se había molestado en pensar que la ortografía inglesa para los sonidos rusos tenía que ser diferente de la ortografía respectiva española y también, por supuesto, de la ortografía francesa de los mismos nombres, de manera que no recuerdo cómo se escribía, pero recuerdo que yo vivía en Zulueta, en el solar de Zulueta: me recuerdo allí afuera en el patio común, frente a la puerta "de casa", de la habitación en que vivía, mejor dicho, un muchacho de quince, leyendo a Chéjov, descalzo, porque siempre me ha gustado leer descalzo, sin camisa por el calor —todavía hay una fotografía de aquel tiempo tomada por Ricardo Vigón o por Germán Puig o por Silvino Ruiz o por Armando Fernández, no Pablo Armando Fernández, Armando, un amigo mío que entonces quería estudiar Medicina y que era muy amigo de un hermano de Miriam Acevedo, Alberto González Acevedo, compañeros del bachillerato, el mismo Alberto que me hizo ir a buscar un viejo cuchillo de cocina, urgido por Armando, para defenderlo de un grupo de bonchistas que no lo dejaban salir de la Secretaría del Instituto, acusado entonces de ser comunista, de haber pisoteado la bandera y haber ultrajado el himno, cosa que ahora da gana de reír, pero que entonces no daba ninguna gana, porque Alberto, Armando y yo pasamos un buen susto, entonces—, y recuerdo que leía un cuento de Chéjov, "El Camaleón" se llamaba, aquel cuento que todos ustedes conocen, por supuesto, del hombre que es testigo de la rabia de un perro supuestamente rabioso y que cambia de opinión como el camaleón de color: según la gente que habla con él, aquel cuento tan cómico y tan bueno, y recuerdo también "La Pesca de la Anguila", o "La Historia de una Anguila" (cuyo verdadero nombre parece ser "La Lota", le decía yo a Arrufat, de acuerdo con la traducción directa del ruso hecha por unos españoles y que es la misma que utilizamos en este número), que yo recordaba después cómo un cuento que pasaba a orillas del mar y juraba haber leído las peripecias de los pescadores sobre los arrecifes y que ahora sé que es una pesca en la margen de un río y los arrecifes son las raíces de un árbol y que sigue siendo un buen cuento a pesar del tiempo, y "La Mujer del Boticario", que mi hermano y Néstor Almendros, en 1947 ó 48, habían convertido en un breve guión de cine que se llamaba "Una Pastilla de Menta", que me hizo mucha gracia entonces, pero ellos pensaron que me reía de la adaptación, cuando en realidad me reía con el cuento, y los otros cuentos que apenas recuerdo los nombres, pero que todavía recuerdo las anécdotas, los diálogos, las situaciones, como el del recién casado que se equivoca de tren, o el hombre que se creía irascible y se casa como un bobo, y los demás, tan bellos, rientes, cortos, ros y frescos como estos otros: recuerdo todo eso y recuerdo la película que se hizo con "Extraña Confesión" (que se llamaba, la novela, "Memorias de un Acusado", o de un magistrado, o algo así, y que en inglés se llamaba, la película, "Tormenta de Verano" o "Pasión de Verano", no recuerdo), que vi en la tertulia del Radio Cine por 15 centavos un día que no fuí a clases en el Instituto, creo: recuerdo cómo hablábamos Carlos, Carlos Franqui, de Chéjov siempre y recuerdo el día que vi "Petición de Mano", por Vicente Revuelta y Leonor Borrero, en Los Yesistas, y cuando compré en 1954 los cuentos completos de Chéjov y los leí de un tirón, por los días en que nació Anita, mi hija: todo eso lo recuerdo, de manera que Chéjov no es un accidente literario (ni una suma de anécdotas), sino casi una actividad de mi vida, quiero decir: no leer a Chéjov solamente, sino también recordarlo: es por eso que cuando fuí a la Unión Soviética iba pensando en Chéjov. Claro que también era su centenario y las hojas de los almanaques, la literatura de los reversos, ha creado una escuela de asociaciones.

PeReGRiNaCióN a MoSCú

Es Martí quien cuenta que al llegar a Caracas no preguntó dónde se comía ni dónde se bebía: solamente preguntó dónde estaba la estatua de Bolívar. Siempre pensé, a pesar mío, que Martí describía en esa frase un hecho extrañamente real: Martí no preguntó por la realidad venezolana, ni siquiera por esa forma de realidad cotidiana que es la comida y el alojamiento: la única realidad para el viajero: Martí preguntó por un mito, más bien por la representación de ese mito: preguntó por la estatua de Bolívar. Para Martí, que sentía una determinada necesidad afinitiva por Bolívar (y es lo que fue Martí, el Martí libertador, lo que justifica el impulso, la declaración del impulso), era lo único que había que hacer primero: Buscar a Bolívar.

Ahora bien, Chéjov es un grande de la literatura: es una figura —al menos para mí— tan grande como Bolívar, en el terreno de la literatura: quiero decir, que Chéjov es un gran libertador en la literatura. No es extraño, pues, que quien quiera escribir, el que crea que la literatura es la posibilidad mayor de realizar su vida, vaya a Moscú y no pregunte primero por la estatua de Chéjov, pero que a este viajero no le interesan las estatuas (es más: detesta a las estatuas), pero sí pregunté preguntas como éstas: en una calle: "¿Era así esta calle en tiempos de Chéjov?"; en una esquina: "Estas casas son viejas, ¿las vería Chéjov así como las vemos nosotros?"; en la Plaza Roja: "¿Era éste el centro de la ciudad también en tiempos de Chéjov?" Por supuesto que las preguntas tenían un utilitarismo inmediato: saber no sólo cómo vivía Chéjov, sino también saber dónde vivía y qué vivía —y pensar en un artículo para LUNES, en este magazine. El lector, sin embargo, sabe que hay más: sabe que estas preguntas tienen un tono periodístico, pero también superan ese tono: se escapan a la realidad inmediata para dirigirse a buscar otras respuestas: Chéjov era un escritor, era

gran escritor, su vida transcurrió de esta manera, en este continente, es así, por tanto, cómo viven los escritores, cómo viven los grandes escritores: son estas calles las que caminan, son estas casas las que ven, es este aire helado el que sienten en su cara, es este olor de frigorífico que tiene Moscú el que él olía. Y de nuevo volverse a preguntar: ¿por qué amaba Moscú?, ¿por qué arruinó su salud y arriesgó su vida por vivir en Moscú?, ¿por qué pensaba que esta fea ciudad era hermosa?, ¿por qué Moscú fue el centro de su vida vivida y de su vida literaria? Para pensar más tarde que Moscú era una ciudad fea que como muchas mujeres al principio feas, revelaba luego una gran belleza, para recordar las grandes avenidas nevadas de Moscú con nostalgia ahora, para saber que las gentes de Moscú son de veras los entrañables personajes de Chéjov y que es esta ciudad la única ciudad posible, el único habitat posible para los caracteres de Chéjov y también para Chéjov el hombre y, claro, Chéjov el escritor.

Pero no encontré a Chéjov en Moscú.

BReVe CoNVeRSaCióN CoN uNa eSPeCiaLiSTa

(Maya Turóvskaya es una especialista en Chéjov. Es una mujer joven y bella, pálida. El día que conversé con ella en el vestíbulo del Hotel Ukraína, en Moscú, tenía fiebre. Había dejado la cama para asistir a una entrevista que le interesaba sobremanera: del otro lado del globo, de Cuba Revolucionaria, alguien quería conversar con ella sobre Chéjov.)

Turóvskaya: ¿En Cuba se conoce a Chéjov?

GCI: Bastante.

Turóvskaya: No se me habría ocurrido.

GCI: ¿Por qué?

Turóvskaya: No sé... Chéjov es tan ruso. Creo que sus personajes sólo pueden ser comprendidos cabalmente por rusos.

GCI: Pues es muy popular en Cuba. Tal vez el más popular de los autores rusos. Por lo menos, mucho más que Gogol y Dostoiesvky y muchísimo más que Turgueniev o Tolstoi. Sabemos que muchas cosas escritas por Chéjov escapan a la traducción, que damos a su literatura un alcance menor (y también mayor), que el que pueda tener en el original ruso, pero un hombre soviético está a la misma distancia en el tiempo que un cubano con respecto a Chéjov: sólo el espacio nos puede burlar más.

Turóvskaya: Sí, por supuesto. Pero de todas maneras Chéjov es un autor reticente. Más familiar puede resultar Gorki.

GCI: No olvide que Chéjov es muy popular en Estados Unidos, más que Dostoiesvky, que es tan popular en Francia, por ejemplo. Cuba ha estado muy cerca de los Estados Unidos para no participar también.

Turóvskaya: Y el teatro de Chéjov, ¿se pone?

GCI: Sí, cómo no. Una de las primeras piezas de teatro que vi en mi vida era de Chéjov. "El Oso", que en Cuba se llamaba "El Patán".

Turóvskaya: Quisiera tener fotos de las presentaciones de Chéjov.

GCI: Se las enviaré. He estado en el Teatro de Arte. Vi "Las Tres Hermanas".

Turóvskaya: No es bueno ahora. La última gran representación la dieron en 1940, antes de la guerra. Todavía recuerdo mis lágrimas. ¡Cómo lloré! Usted sabe, fue de las últimas piezas dirigidas por Dánchenko personalmente. Si Chéjov resucitara nada más que para verlo, moriría enseguida.

GCI: Pienso ir mañana al Museo Chéjov.

Turóvskaya: ¿Aquí en Moscú? No vale la pena. No tiene nada de valor. Debía ir a Melijovo. Es un gran museo. Allá hay gente que todavía vive, que conoció a Chéjov. El cuidador de la casa-museo era un niño-pastor a quien la familia Chéjov recogió. También debía ir a Yalta.

GCI: ¿Qué piensa usted de Chéjov?

Turóvskaya: ¿En qué sentido?

GCI: ¿Usted cree que era un escritor "objetivo", como lo tildan los críticos occidentales ?

Turóvskaya: Chéjov tenía un gran sentido de la injusticia, pero creía también en que el lector debía tomar contacto con las cosas a través de las cosas mismas. No era un publicista.

GCI: ¿Qué quiere decir?

Turóvskaya: No hacía editoriales. Gorki le reprochaba que era muy frío. Pero Chéjov no era frío, era un escritor muy diferente a Gorki.

GCI: ¿No hubo cambios en su literatura?

Turóvskaya: Pienso que Chéjov es uno de los escritores más crueles que han existido. Hay una aparente ternura en sus cuentos, pero en la manera cómo describe a sus personajes, en su minuciosidad, en las situaciones en que los coloca, hay crueldad.

GCI: Chéjov era médico.

Turóvskaya: Pero hay algo más que rigor científico. Es cierto que hacia el final de su vida cambió y abandonó la sátira para hacerse lírico.

GCI: ¿Cuáles serían los cuentos más representativos de sus etapas?

Turóvskaya: Puede señalarse una etapa primera: la de los cuentos humorísticos. Una etapa intermedia, de transición. Y la última etapa, la de los cuentos con un tinte sentimental. De la primera etapa yo prefiero "La Muerte de un Funcionario", "El Gordo y el Flaco", "Un Hombre Extraordinario". De la etapa intermedia: "La Mujer del Boticario", "Corista", "Una Ana Colgada al Cuello". De la tercera etapa: "El Saltamontes", "La Dama del Perrito", "Iónich".

GCI: ¿Usted cree que en el cuento "El Escritor", Chéjov quiere identificar en el comerciante al zarismo y denunciar a los escritores oficiales en la persona del escritor de textos comerciales?

Turóvskaya: No, de ninguna manera. Si Chéjov hubiera querido decir esto, lo hubiera dicho. Chéjov no era un simbolista, era un realista: lo que decía era lo que quería decir y nada más.

La CaSa De CHéJoV, eL TeaTRo De CHéJoV

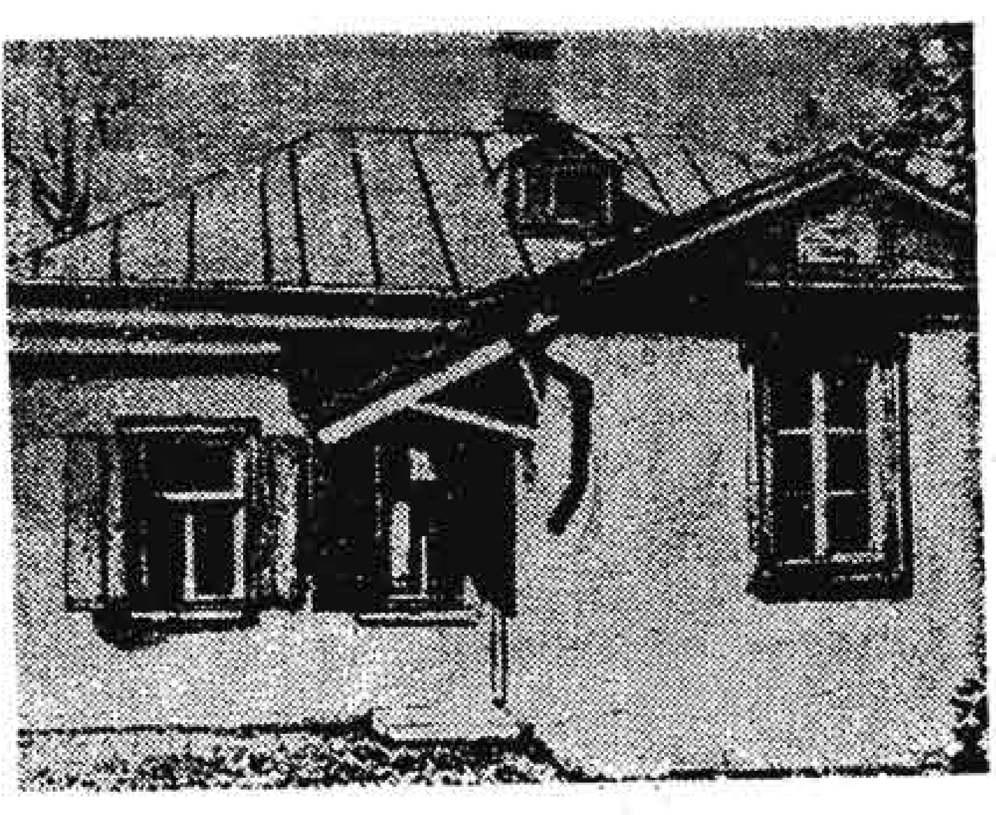
Fui al Teatro de Arte de Moscú, que tiene a la famosa gaviota blanca en el telón de boca y en el programa, en recuerdo de la pieza de Chéjov que dio nombre al teatro y notoriedad al grupo teatral de Stanislavsky y Nemírovich-Dánchenko. No vi "La Gaviota", vi "Las Tres Hermanas". La obra fue puesta con un aparato moderno, muy bien aceitado. No había problemas: todo estaba en su lugar. Sin embargo, algo faltaba. Mi acompañante —una muchacha soviética que hablaba el alemán y el español con la misma familiaridad con que hablaba de Thomas Mann y de Haine y Goethe, de Cervantes y Baroja y Neruda—, me susurró al oído: "Esto es un museo". Quería decirme que el grupo teatral que una vez fue famoso por su audacia, por su novedad, por sus conceptos originales, ahora estaba estancado: había demasiado respeto por Chéjov, demasiado respeto por Stanislavsky, demasiado respeto por Dánchenko y todos ellos estaban muertos, no sólo físicamente, sino también lo que ellos crearon un día, estando vivos. "El actor que interpreta a Verchinin se ha rascado en la mejilla, como quien hace un gesto cualquiera", me decía mi acompañante. "Es el mismo gesto que hizo hace tres años, cuando estuve aquí la última vez: así pasa con la pieza entera". Yo le dije que apreciaba cierta autenticidad, empero, porque oír y ver a Chéjov en ruso era para mí una experiencia parecida a la que me proporcionó el film "El Idiota": era una película mala, sin embargo, se podía sentir la veracidad que da el idioma, el vestuario, el aspecto de las gentes en la escena o en la pantalla. Ella agregó: "También puedo decirle que Chéjov estaría contento con la representación". Me pareció más bien un argumento de balance y sonreí porque sabía que Chéjov era un autor muy majadero en cuanto a las representaciones de sus obras. Muchas veces se quejó de que Stanislavsky había llenado "El Jardín de los Cerezos", de sonidos innecesarios de todas clases: chirridos de insectos, chillidos de aves, el silbido del viento, el murmullo de un río. En una ocasión llegó a concebir una pieza que ocurría en el polo norte, para ver si eliminaba los "ruidos del bosque vecino". de la puesta en escena.

Al terminar la funcion mi compañera advirtió que me había sentado en la silla desde donde dirigía Dánchenko los ensayos. "¿No ve?", me dijo. "Es a ese espíritu de museo al que me refería". La luneta tenía una placa dorada. Ella prometió llevarme a ver otros grupos teatrales que estaban dentro del espíritu revolucionario de Stanislavsky, sin el excesivo miedo respetuoso del Teatro de Arte, pero no pudimos ir por otros compromisos. Estos compromisos de la delegación en que iba me impidieron visitar la vecina aldea de Melijovo, donde había un buen museo Chéjov; o el de Yalta. El último día en Moscú pude visitar la casa en que Chéjov había vivido más tiempo en Moscú: el número 6 de la calle Sadovo-Kudrínskaia. Era una casa pequeña llena de fotos, a la que se entraba por una verja nevada. Estaba atendida por una viejita amable, enterada. Vi el pequeño cuarto de Chéjov, su cama exigua y recordé su miseria perenne, cómo tenía que trabajar por entre el ruido de su numerosa familia, cómo debía llevarse a sus amigos —Chaikovski, Korolenko, Rachmaninov—, a un café o al parque para conversar, vi el patio cubierto de nieve, la tranquilidad de la ropa tendida al fondo, endurecida por el frío, con el pelado tilo y la luna lívida más allá de la chimenea que humeaba, vi todo esto y pensé en los años entre 1886 y 1890 y recordé su vida.

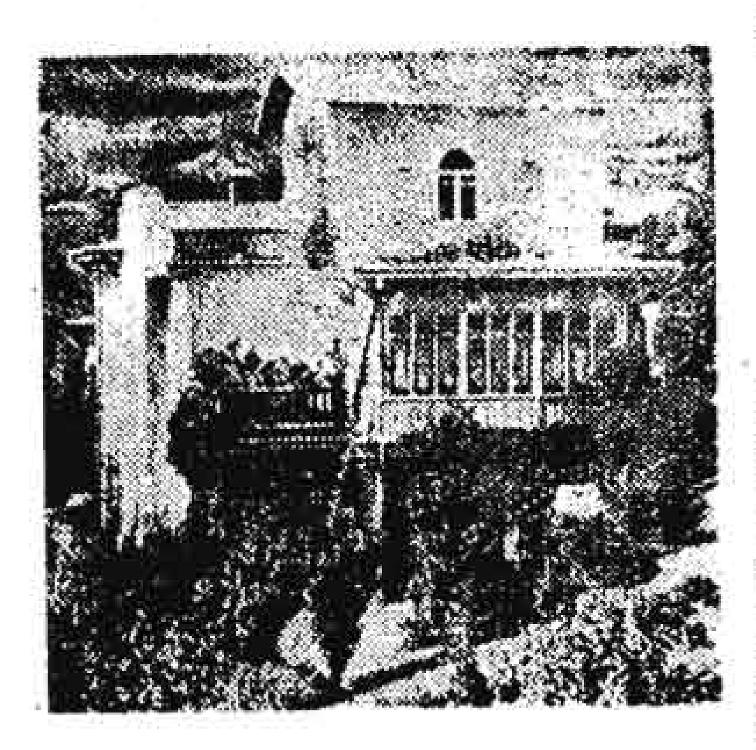
VIDA DE ЧЕХОВ



Se llamaba Antón Chéjov y era un
gran escritor.
Se llamaba Antón Pavlovich Chéjov:
Antón era su nombre propio.
Pavlovich era el nombre en homenaje
a su padre, llamado Pavel.
Antón Chéjov nació en Taganrog.
En esta casita en Taganrog.
Nació en esta casita en Taganrog.



Vivió en esta casa en Yalta,
en sus años maduros.
Vivió en esta casa en Yalta en
sus años maduros de Yalta.





Esta era su familia,
su gran familia,
su original familia,
su molesta familia:
su familia la de su hermano
Nicolás, el preferido, el talentoso.



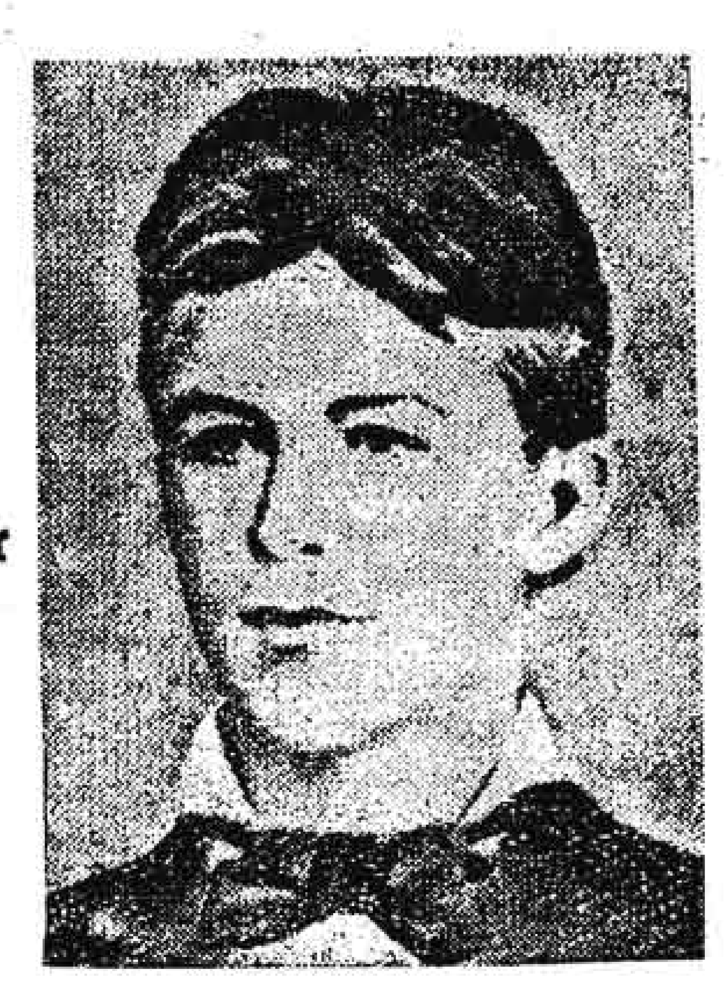


el borracho, que murió joven todavía
pero sin salud y sin talento. Y la
de su hermano Alejandro, que también
bebía
por no tener talento.





Era un niño estudioso
y estudió medicina
por el tiempo en que su hermano
Nicolás
lo pintaba,
por el tiempo en que se vestía de
poeta,
por el tiempo en que empezaba a ser
famoso,
aunque con otro nombre:
Antosha Chejonte
que era una burla de su nombre.











porque escribía para un magazín de
burlas
escribía con su letra
cuentos con su letra
cuentos de humor con su letra.







Con su letra de Antón Chéjov
aunque firmaba Chejonte,
hasta el día
hasta el día en que se vió famoso
de la noche a la mañana,
hasta el día en que dejó de ser
médico
el médico Chéjov
el buen médico Chéjov
el doctor Chéjov
para ser Antón Chéjov
el escritor Antón Chéjov
el futuro gran escritor Antón Chéjov
el gran escritor Antón Chéjov
ANTON CHEJOV



VIDA DE ЧЕХОВ





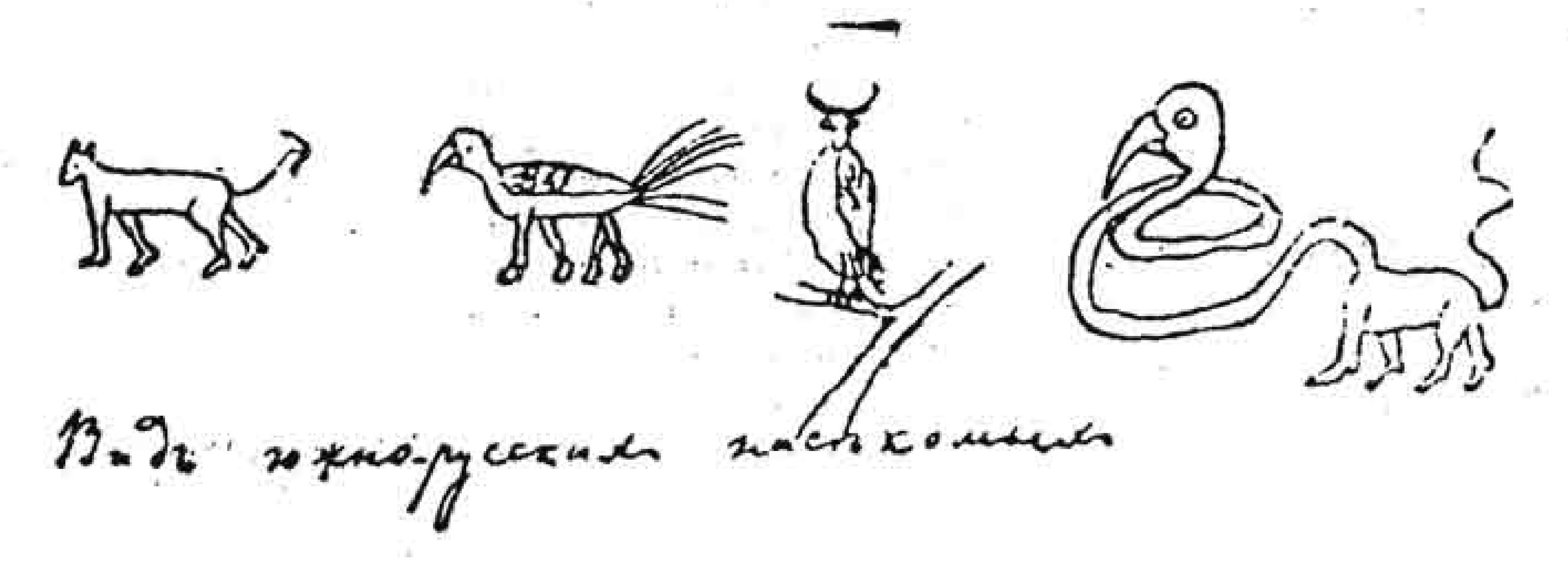


Y conoció a gente famosa
como Tolstoi.
Conoció a gente famosa como León
Tolstoi
el escritor León Tolstoi
el genio León Tolstoi,
y también a Máximo Gorki
que comenzaba
que comenzaba a ser Máximo Gorki,





sin dejar de ser Chéjov:
Chéjov el humorista
Chéjov el humilde
Chéjov el modesto
el sonriente Antón Chéjov
el burlón Antón Chéjov,
que se hacía caricaturas
que se hacía él mismo caricaturas
y se firmaba "hermano Antonius",
como si fuera un monje,
en burla
en sus cartas,
como si fuera un monje



Полныя ансамбль Московскаго
Художественнаго Театра.

ПЕРВЫЙ СПЕКТАКЛЬ.

Въ Воскресенье 16-го Апрѣля 1900 года

исполнено будетъ

ДЯДЯ ВАНЯ

Сцены изъ дерев. жизни въ 4 д., соч. А. П. Чехова.

+ Дѣйствующіе. +

Серебряковъ, профессоръ въ отставкѣ . . . В. В. Лужскій.
Елена Андреевна, его жена . . . . . О. Л. Книпперъ.
Соня, его дочь отъ первой жены . . . М. П. Лилина.
Марья Васильевна Войницкая, мать его первой жены . . . . Е. М. Раевская.
Иванъ Петровичъ Войницкій, ея сынъ . А. Л. Вишневскій.
Михаилъ Львовичъ Астровъ, докторъ . К. С. Станиславскій.
Илья Ильичъ Телѣгинъ . . . . . . А. Р. Артемъ.
Марина . . . . М. А. Самарова.
Рабочій . . . . А. И. Адашевъ.

Декорація 1-го дѣйствія художника В. А. Симова.

Режиссеры: К. С. Станиславскій. Вл. И. Немировичъ-Данченко

Начало въ 8 часовъ вечера.

Второй спектакль въ Понедѣльникъ 17-го Апрѣля. Исполнено будетъ: „ОДИНОКІЕ", драма въ 5-ти дѣйствіяхъ, Гергардта Гауптмана. Начало въ 8 часовъ.

Главный режиссеръ К. С. Станиславскій.



VIDA DE Чехов





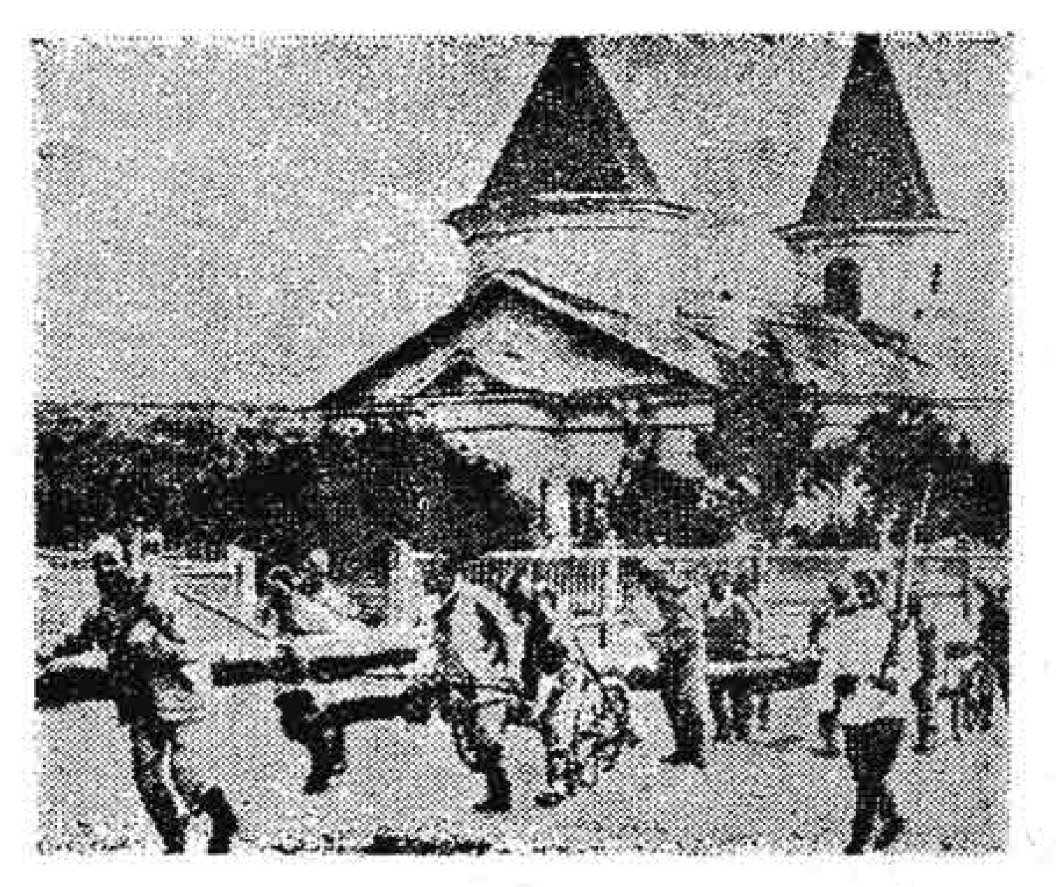
de mentiritas,
porque a Chéjov le gustaba el teatro
y escribía para el teatro:
le gustaba el teatro,
la gente de teatro,
las mujeres del teatro
los hombres del teatro:
como Stanislavski, el del Teatro
de Arte de Moscú,
las mujeres del teatro:
como Olga Chéjova
que entonces se llamaba Olga Knipper,
a secas
y luego se llamó Olga Knipper-Chéjov
cuando enviudó,
cuando enviudó de Antón Chéjov
con quien se había casado,
por supuesto,
dos años atrás
después de un noviazgo breve y
tormentoso
tres años atrás.

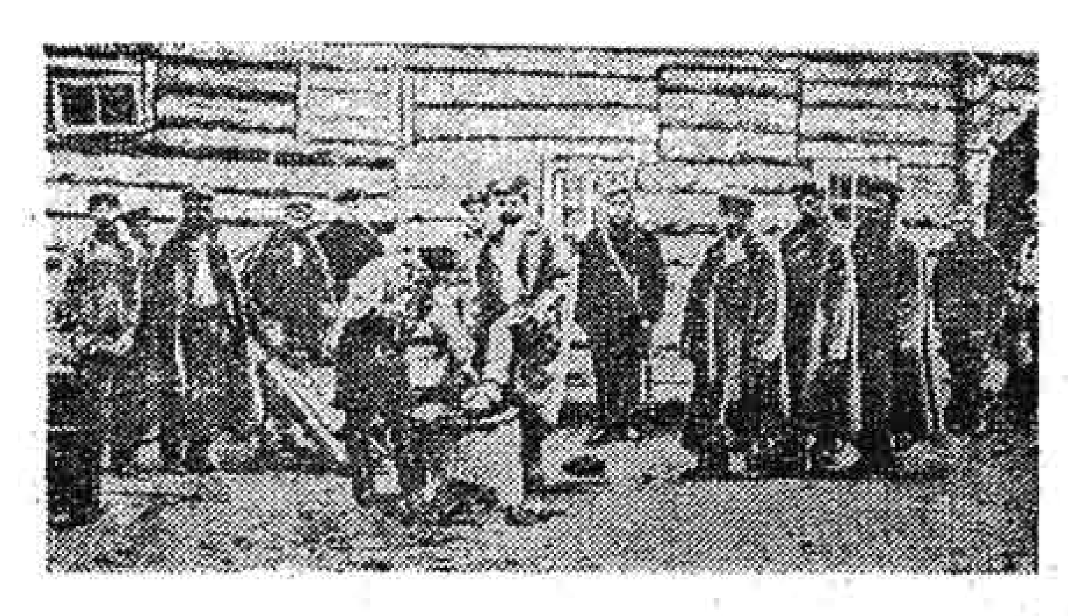






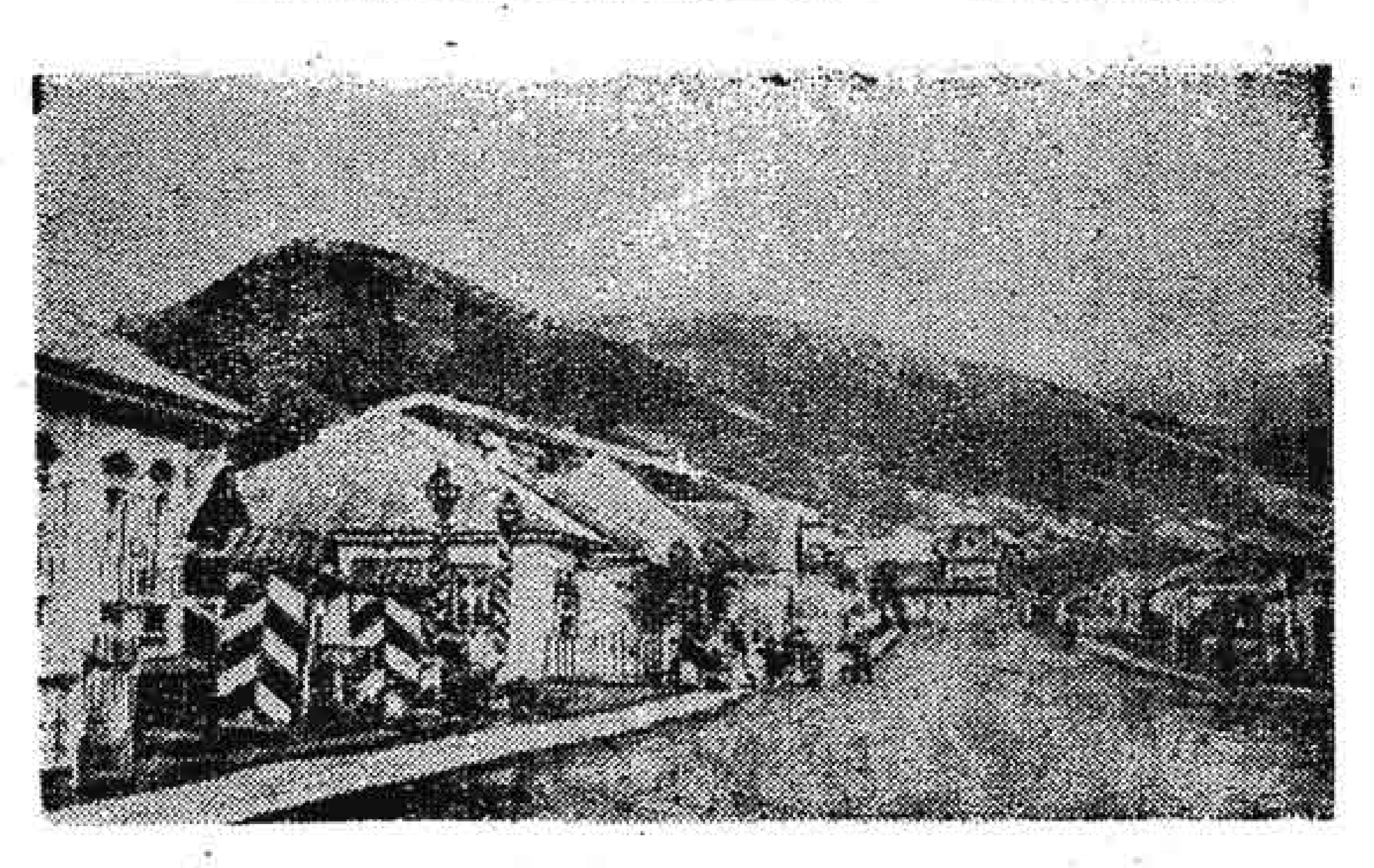




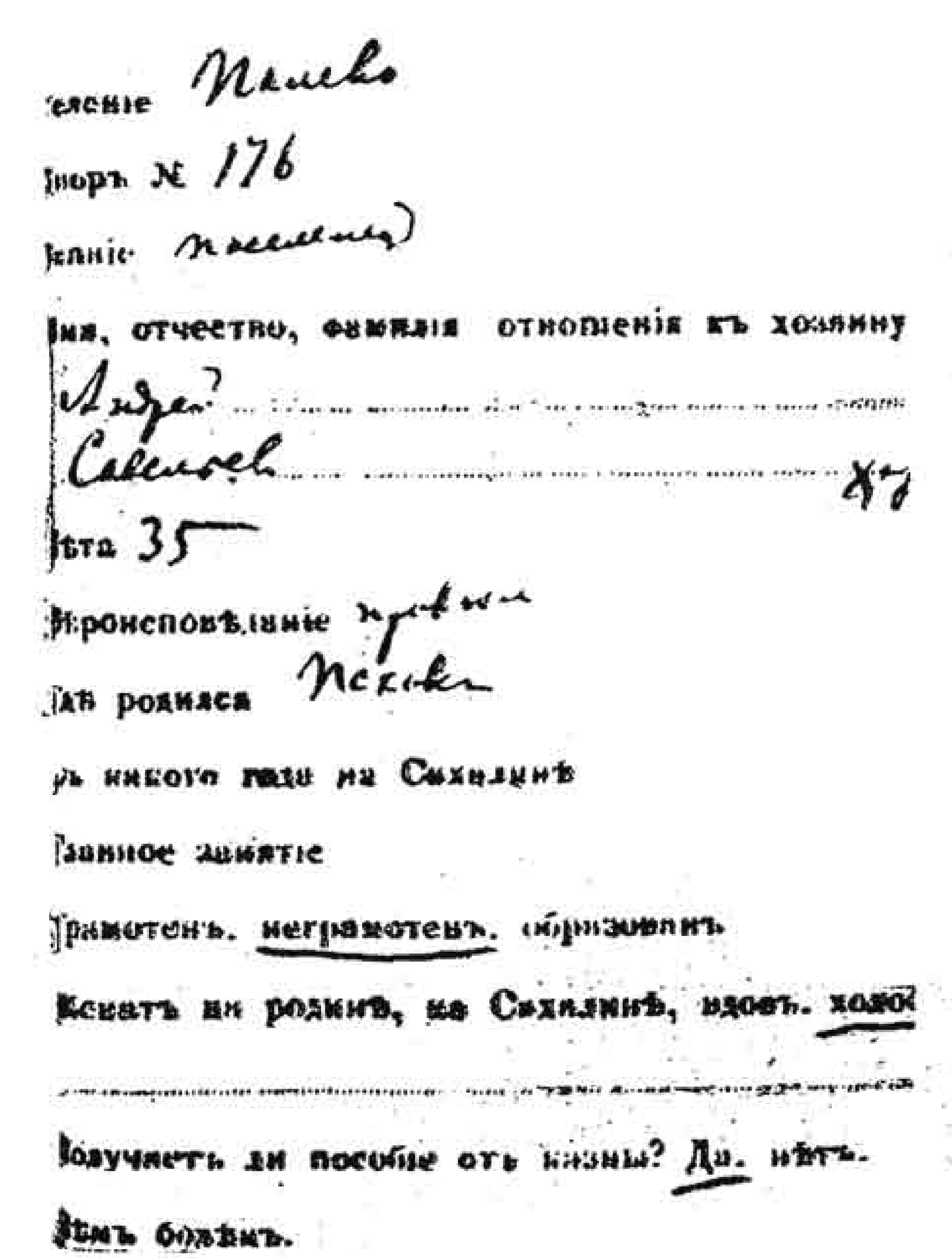




Pero Chéjov
pero Chéjov también era
pero Chéjov también era un hombre
serio
y preocupado
por la injusticia social
y la miseria
y la vida rusa de entonces.
Por eso
por eso se fue a Sajalin,
a la isla de Sajalin,
a la prisión de Sajalin,
más allá de Siberia:
a la miseria de Sajalin,
donde hizo un censo
y de donde sacó un libro
terrible.
El viaje fue duro,
porque Chéjov estaba muy enfermo,
muy enfermo,
realmente enfermo,
terriblemente enfermo:
tanto que a los 40
parecía tener no 50
sino 60.

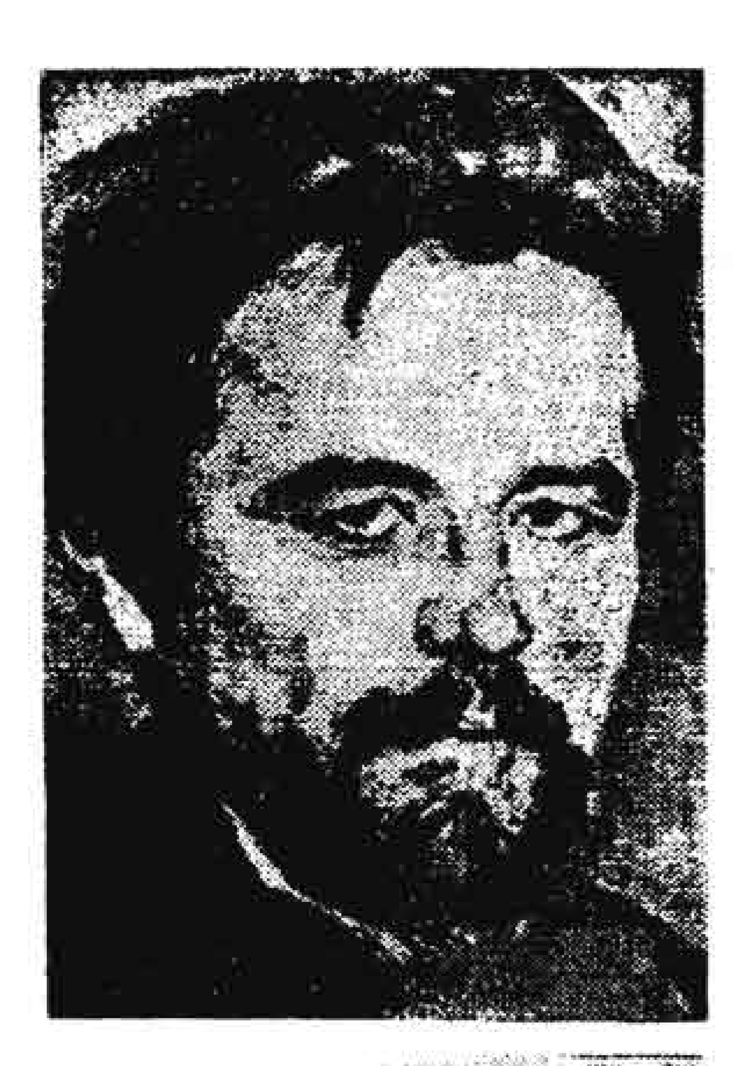






еление Палево
воръ № 176
ание
мя, отчество, фамилия отношенія къ хозяину
ѣта 35
ѣроисповѣданіе
дѣ родился Псков
ъ какого года на Сахалинѣ
лавное занятіе
рамотенъ. неграмотенъ. образованъ
енатъ на родинѣ, на Сахалинѣ, вдовъ. холостъ
олучаетъ ли пособіе отъ казны? Да. нѣтъ.
ѣмъ боленъ.





Fue así, de 60 a los 40, que lo vio un pintor amigo, Serov, poco antes, muy poco antes, poco antes en 1902, de morir en 1903.



Se llamaba Antón Chéjov y era un gran escritor. Había nacido en Rusia, en la Vieja Rusia, el 17 de enero de 1860. Murió el 2 de julio de 1904, en Alemania, en Badenweiler, él, Antón Chéjov, Antón Pavlovich Chéjov, que había nacido en Taganrog, vivido en Yalta y en Moscú y en Melíjovo: él murió en Badenweiler y fue enterrado en Moscú seis días después: él, que se llamaba Antón Chéjov y era un gran escritor.





EL MiSTeRio De uNa BioGRaFía

Todos los que han escrito sobre Antón Chéjov —desde Elsa Triolet hasta Somerset Maugham—, han debido referirse a una biografía extraordinaria: "Chekhov: a Life", de David Magarshack. No porque Magarshack sea un gran biógrafo, sino porque era un hombre muy paciente: acumuló datos, notas, tradujo cartas, interrogó gentes: hizo cosas que nadie, ni siquiera los rusos, habían hecho en ese sentido, y lo acumuló en un volumen de quinientas páginas, que es un formidable expediente biográfico. Ahí he leído cosas muy interesantes, que permiten explicar el aire misterioso de la literatura de Chéjov. Antón Pavlovich era un hombre reservado, casi hermético, que no permitió siquiera a los más íntimos conocer su enfermedad, más que cuando ya la tisis que lo llevó a la tumba era tan evidente como su talento. Chéjov es presentado por Thomas Mann en "Chejov", su lúcido ensayo, como un hombre a quien su enorme timidez, su modestia llevó casi a despreciar su literatura. Sin embargo, hay documentos, cartas que presentan a Chéjov como una persona orgullosa, segura de su talento, capaz de decir a un joven estudiante, en una de sus últimas entrevistas, pocos meses antes de morir, hablando del asunto de "un nuevo movimiento" en la literatura rusa: "¿De dónde salen? Maupassant en Francia y yo en Rusia empezamos a escribir cuentos cortos —ése sí es un nuevo movimiento en la literatura". ¿Es esta la opinión propia de un hombre que tenía una "actitud hacia sí mismo extremadamente sobria, crítica y dubitativa", como afirma Thomas Mann? Decía a menudo, es verdad, que sus cuentos no valían gran cosa, sin embargo, hablaba enojosamente de lo poco que ganaba por ellos y terminó desdeñando profundamente al viejo Grigorovich, que fue su "descubridor", riñó con Dánchenko y Stanislavsky (a quien detestaba al principio), por argumentos sobre el carácter de sus piezas (Chéjov insistía en que él escribía comedias y no dramas), tenía opiniones bastante duras sobre Gorki, a quien había apadrinado, y se quejaba de la dureza con que lo trataban los críticos cada vez que podían. Reñía a sus hermanos por el vicio de la bebida, y sin embargo, era bien adicto al alcohol: sin dos copas de vodka jamás podía dormir. Parecía no conceder públicamente mucha importancia a las mujeres, y de sus cartas y notas se infieren dos o tres romances grandes con actrices y una serie interminable de aventuras menores desde los quince años. Le dolía el despotismo paterno, pero él mismo guió a su familia con mano de hierro, cuando quedó al frente de ella. Su humanitario viaje a Sajalin parece haber tenido como palanca una ruptura amorosa y aunque siempre se le conoció como el más bondadoso de los hombres, no dejaba de quejarse constantemente de que sus pacientes aldeanos nunca le pagaban sus consultas médicas. Finalmente, toda su actitud ante su tuberculosis no hay otra manera de juzgarla que como un gran acto de autodestrucción, como un lento suicidio de veinte años: estaba enfermo y trasnochaba y bebía, era médico y no ignoraba su estado, pero jamás visitó a un especialista hasta que fue demasiado tarde.

Es esta vida compleja (porque por debajo de la sencillez aparente, corre un cauce de desbordante excentricidad), la que pudo comunicar su literatura de la riqueza infinita de sus personajes y a la vez de gran autenticidad. Chéjov podía referirse a Dostoievsky como autor de "bazofia sicológica", no sin cierta razón, porque frente a la exaltación de Dostoievsky, el mundo de Chéjov aparece tranquilo, manso; cuando se le ve de cerca, sin embargo, uno sabe que está frente a un espejo de muchas caras: en cada una de ellas está retratado el rostro de Chéjov y es diferente y es igual y cada personaje parece reconocerse en su autor como una misma persona. Antón Chéjov escogió así ser un realista, pero la manera en que veía su mundo finisecular era bien moderna. Es así que en el aspecto formal casi toda la literatura de ficción del siglo XX debe algo a Chéjov. Bien porque lo ha derivado de la literatura norteamericana moderna, que debe tanto a Chéjov, como a los escritores ingleses; bien porque Chéjov enseñó que el mundo aparente es un mundo de implicaciones y que al describir lo que vemos también describimos lo que ha sucedido y podemos insinuar lo que ha de suceder. En este aspecto su aporte es enorme y no sería errar decir que en la literatura rusa hay tres maestros, que son: Gogol, Dostoievsky y Chéjov. No tengo la menor duda de que Chéjov sabía esto, o que de alguna manera lo intuía y que su modestia visible dejaba entrever un secreto orgullo.

CUENTOS

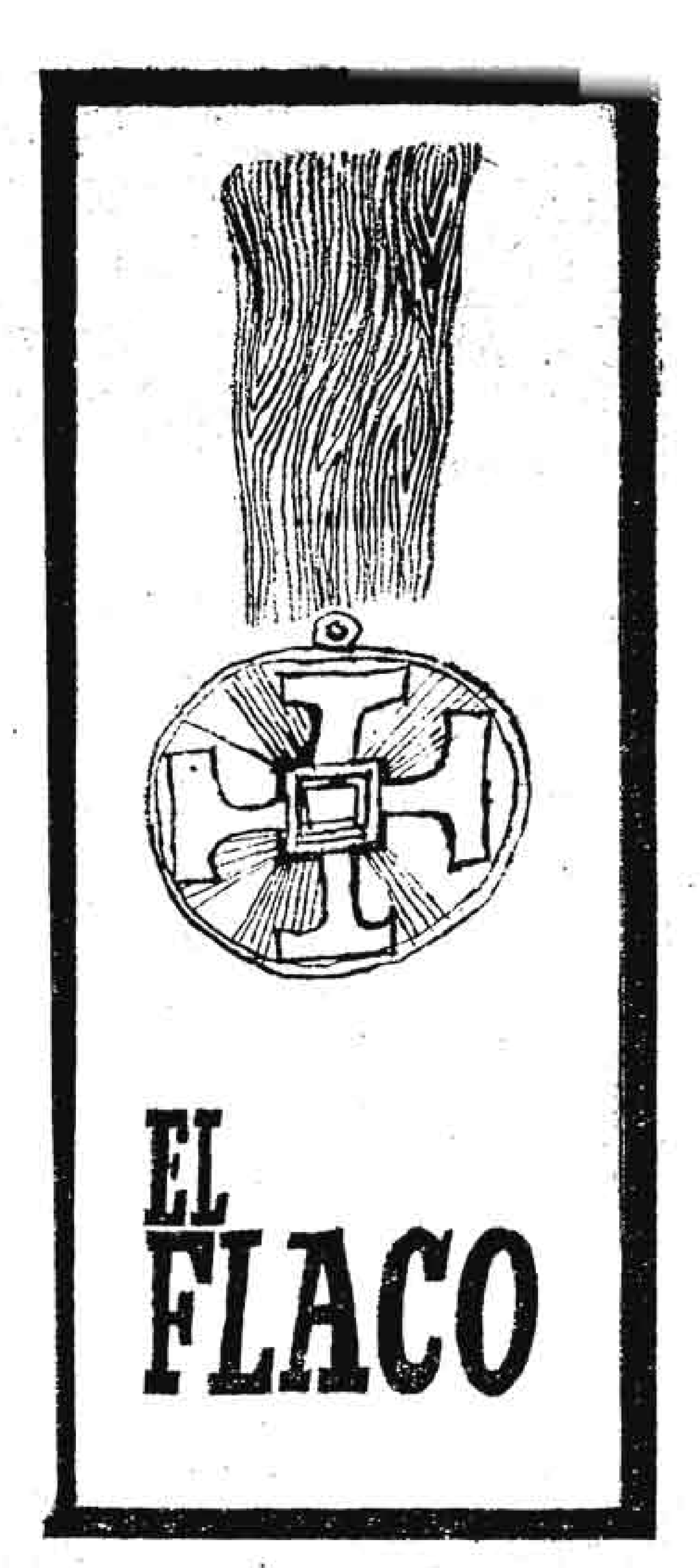
1860 1904

POR

ANTON P. CHEJOV







EL GORDO Y EL FLACO

En la estación de ferrocarril de Nicolaevsky se encontraron dos amigos: el uno era gordo y el otro flaco. El gordo acababa de comer en la estación, y sus labios, húmedos de grasa, relucían como dos cerezas maduras. Exhalaba un olor a jerez y azahar. El flaco, que se apeaba en aquel momento del vagón, iba cargado de maletas, bultos y cajas y olía a jamón y a posos de café. Tras él asomaba una señora delgadita y de larga barbilla, su mujer, y un alto colegial que guiñaba un ojo, su hijo.

—¡Porfirii! —exclamó el gordo al ver al flaco—. ¿Es posible que seas tú?... ¡Alma mía!... ¡Cuántos años!...

—¡Dios mío! —se asombró el flaco—. ¡Mischa!... ¡Amigo de la infancia! ¿De dónde sales?...

Ambos amigos de la infancia se abrazaron hasta tres veces y fijaron sus ojos llenos de lágrimas el uno en el otro. Ambos se sentían gratamente aturdidos.

—¡Querido mío! —empezó a decir el flaco después del abrazo—. ¡Esto no lo esperaba! ¡Qué sorpresa!... A ver... ¡mírame bien!... ¡Tan guapo como antes!... ¡Tan encantador y tan petimetre!... ¡Oh, Dios mío!... Bueno ¿y qué es de ti?... ¿Rico?... ¿Casado?... Yo, como ves, ya lo estoy. Esta es mi mujer, Luisa, nacida Vanzenbaj..., luterana... Este es mi hijo, Nafanail, alumno de tercer año... ¡Y este, Nafania es mi amigo de infancia!... ¡Estudiamos juntos en la escuela!

Nafanail, después de pensarlo un poco, se quitó la gorra.

—Estudiamos juntos en la escuela —repitió el flaco—. ¿Te acuerdas cómo te impacientabas cuando te llamaban *Eróstrato* porque habías quemado con el cigarrillo el libro oficial?... A mí me llamaban *Efialtes* porque me gustaba acusar. ¡Ja, ja!... ¡Qué chiquillos éramos!... ¡No tengas miedo, Nafania! ¡Acércate a él!... Esta es mi mujer, nacida Vanzenbaj..., luterana...

Nafanail, de nuevo, después de pensarlo un poco, se escondió tras la espalda de su padre.

—¡Bien!... Y ¿qué tal vives tú, amigo? —preguntó el gordo, contemplándole con admiración—. ¿Trabajas? ¿Has prosperado?...

—Sí, amigo, sí trabajo... Ya va a hacer dos años que soy asesor colegiado y tengo la Estanislao (1). El sueldo es flojo, pero... ¡qué se le va hacer!... Mi mujer da leccio-

go pitilleras de madera. ¡Unas pitilleras nes de Música, y yo, en los ratos libres, hamagníficas! Las vendo a un rublo la pieza... Y al que me lleva diez... o más de diez... le hago un descuento. Total, que nos defendemos. Estaba en la Delegación, pero ahora me han trasladado aquí, al mismo departamento. Y aquí seguiré trabajando... Pero bueno..., ¿y tú? Seguro que ya eres consejero civil... ¿Eh? ¿A que sí?... ¿No?...

—No, querido. Sube un poco más —dijo el gordo—. He llegado a consejero secreto. Tengo dos estrellas...

El delegado palideció súbitamente y quedó petrificado, pero pronto en su rostro, y esparciéndose en todos sentidos, vino a dibujarse una ancha sonrisa. Diríase que sus ojos y todo su semblante irradiaban chispas. Todo él se encogió, se encorvó... Sus maletas, bultos y cajas se encogieron y se arrugaron... La larga barbilla de su mujer se alargó todavía más. Nafanail se cuadró y se abrochó todos los botones del uniforme.

—Yo..., excelencia... ¡Oh, qué satisfacción!... ¡Un amigo... de la infancia, puede decirse..., y que resulte ser un personaje!... ¡Je... je!...

—Basta..., ya está bien —dijo el gordo con un gesto de desagrado—. ¿Por qué empleas ese tono? ¡Somos amigos de la infancia, y esa apreciación de las categorías está fuera de lugar!

—¡Por Dios!... ¡Qué está usted diciendo! —contestó con una risita el flaco, encogiéndose todavía más—. La generosa atención que su excelencia me presta es para mí algo así como un licor vivificante... Este, excelencia, es mi hijo Nafanail... Mi mujer, Luisa..., luterana..., hasta cierto punto...

El gordo quiso replicar algo, pero el rostro del delegado expresaba tal veneración..., tal dulzura..., una tan respetuosa actitud..., que el consejero secreto sintió náuseas. Volviendo la cabeza, tendió una mano para despedirse.

El delegado estrechó los tres dedos, saludó con todo su cuerpo y con la risita de un chico rió:

—¡Je... je..., je!...

La mujer se sonrió. Nafanail chocó los talones y dejó caer la gorra. Los tres estaban gratamente aturdidos.



(1) *Condecoración.*





La pequeña ciudad de B..., compuesta de dos o tres calles torcidas, duerme con sueño profundo. El aire, quieto, está lleno de silencio. Sólo a lo lejos, en algún lugar seguramente fuera de la ciudad, suena el débil y ronco tenor del ladrido de un perro. El amanecer está próximo.

Hace tiempo que todo duerme. Tan sólo la joven esposa del boticario Chernomordik, propietario de la botica del lugar, está despierta. Tres veces se ha echado sobre la cama; pero, sin saber por qué, el sueño huye tercamente de ella. Sentada, en camisón, junto a la ventana abierta, mira a la calle. Tiene una sensación de ahogo, está aburrida y siente tal desazón que hasta quisiera llorar. ¿Por qué?.. No sabría decirlo, pero un nudo en la garganta la oprime constantemente... Detrás de ella, unos pasos más allá y vuelto contra la pared, ronca plácidamente el propio Chernomordik. Una pulga glotona se ha adherido a la ventanilla de su nariz, pero no la siente y hasta sonríe, porque está soñando con que toda la ciudad tose y no cesa de comprarle **Gotas del rey de Dinamarca**. ¡Ni con pinchazos, ni con cañonazos, ni con caricias, podría despertársele!

La botica está situada al extremo de la ciudad, por

lo que la boticaria alcanza a ver el límite del campo. Así, pues, ve palidecer la parte este del cielo, luego la ve ponerse roja, como por causa de un gran incendio. Inesperadamente, por detrás de los lejanos arbustos, asoma tímidamente una luna, grande, de ancha y rojiza faz. En general, la luna, cuando sale de detrás de los arbustos, no se sabe por qué, está muy azorada. De repente, en medio del silencio nocturno, resuenan unos pasos y un tintineo de espuelas. Se oyen voces.

"Son oficiales que vuelven de casa del policía y van a su campamento", piensa la mujer del boticario.

Poco después, en efecto, surgen dos figuras vestidas de uniforme militar blanco. Una es grande y gruesa; otra, más pequeña y delgada. Con un andar perezoso y acompasado, pasan despacio junto a la verja, conversando en voz alta sobre algo. Al acercarse a la botica, ambas figuras retrasan aún más el paso y miran a las ventanas.

—Huele a botica —dice el oficial delgado. ¡Claro..., como que es una botica! ¡Ah!.. ¡Ahora que me acuerdo..., la semana pasada estuve aquí a comprar aceite de ricino! Aquí es donde hay un boticario con una cara agria y una quijada de asno. ¡Vaya quijada!.. Con una como ésa, exactamente, venció Sansón a los filisteos.

—Sí .. —dice con voz de bajo el gordo. Ahora la botica está dormida... La boticaria estará también dormida. . Aquí, Obtesov, hay una boticaria muy guapa.

—La he visto. Me gusta mucho. Diga, doctor, ¿podrá querer a ése de la quijada? ¿Será posible?

—No. Seguramente no le quiere —suspira el doctor con expresión de lástima hacia el boticario. ¡Ahora, guapita..., estarás dormida detrás de esa ventana!.. ¿No crees, Obtesov? Estará con la boquita entreabierta, tendrá calor y sacará un piececito. Seguro que el tonto del boticario no entiende de bellezas. Para él, probablemente, una mujer y una botella de lejía es lo mismo.

—Oiga, doctor... —dice el oficial, parándose. ¿Y si entráramos en la botica a comprar algo? Puede que viéramos a la boticaria.

—¡Qué ocurrencia! ¿Por la noche?

—¿Y qué?.. También por la noche tienen obligación de despachar. Anda, querido... Vamos.

—Como quieras...

La boticaria, escondida tras los visillos, oye un fuerte campanillazo y, con una mirada a su marido, que continúa roncando y sonriente dulcemente, se echa encima un vestido, mete los pies desnudos en los zapatos y corre a la botica.

A través de la puerta de cristal se distinguen dos sombras. La boticaria aviva la luz de la lámpara y corre hacia la puerta para abrirla. Y no se siente aburrida ni desazonada, ya no tiene ganas de llorar, y sólo el corazón le late con fuerza. El médico, gordinflón, y el delgado Obtesov entran en la botica. Ahora ya puede verles bien. El gordo y tripudo médico tiene la tez tostada y es barbudo y torpe de movimientos. Al más pequeño de éstos cruje su uniforme y le brota el sudor en el rostro. El oficial es de tez rosada y sin bigote, afeminado y flexible como una fusta inglesa.

—¿Qué desean ustedes? —pregunta la boticaria, ajustándose el vestido.

—Dénos . quince **kopeikas** de pastillas de menta.

La boticaria, sin apresurarse, coge del estante un frasco de cristal y empieza a pesar las pastillas. Los compradores, sin pestañar, miran su espalda. El médico entorna los ojos como un gato satisfecho mientras el teniente permanece muy serio.

—Es la primera vez que veo a una señora despachando en una botica —dice el médico.

—¡Qué tiene de particular! —contesta la boticaria mirando de soslayo el rosado rostro de Obtesov. Mi marido no tiene ayudantes, por lo que siempre le ayudo yo.

—¡Claro!.. Tiene usted una botiquita muy bonita... Y ¡qué cantidad de frascos distintos!.. ¿No le da miedo moverse entre venenos?.. ¡Brrrrr!..

La boticaria pega el paquetito y se lo entrega al médico. Obtesov saca las quince **kopeikas.** Transcurre medio minuto en silencio... Los dos hombres se miran, dan un paso hacia la puerta y se miran otra vez.

—Déme diez **kopeikas** de sosa —dice el médico.

La boticaria, otra vez con gesto perezoso y sin vida, extiende la mano hacia el estante.

—No tendría usted aquí, en la botica, algo..? —masculla Obtesov haciendo un movimiento con los dedos. ¿Algo... que resultara como un símbolo de algún líquido vivificante?.. Por ejemplo agua de seltz?..

—Sí, tengo —contesta la boticaria.

—¡Bravo!.. ¡No es usted una mujer!.. ¡Es usted un hada!.. ¿Podría darnos tres botellas?..

La boticaria pega apresurada el paquete de sosa y desaparece en la oscuridad, tras de la puerta.

—¡Un fruto como éste no se encontraría ni en la isla de Madeira! ¿No le parece? Pero escuche..., ¿no oye usted un ronquido? Es el propio señor boticario, que duerme.

Pasa un minuto, la boticaria vuelve y deposita cinco botellas sobre el mostrador. Como acaba de bajar a la cueva, está encendida y algo agitada.

—¡Tsss! —dice Obtesov cuando al abrir las botellas deja caer el sacacorchos. No haga tanto ruido, que se va a despertar su marido.

—Y ¿qué importa que se despierte?

—Es que estará dormido tan tranquilamente... soñando con usted... ¡A su salud! ¡Bah!.. —dice con su voz de bajo el médico, después de eructar y de beber agua de seltz. ¡Eso de los maridos es una historia tan aburrida!.. Lo mejor que podrían hacer es estar siempre dormidos. ¡Oh, si a esta agua se le hubiera podido añadir un poco de vino tinto!

—¡Qué cosas tiene! —ríe la boticaria.

—Sería magnífico. ¡Qué lástima que en las boticas no se venda nada a base de alcohol! ¡Deberían, sin embargo, vender el vino como medicamento. ¿Y **vinum gallicum rubrum**...? tiene usted?

—Sí, lo tenemos.

—Muy bien; pues tráiganoslo. ¡qué diablo!..

—¿Cuánto quieren?

—**Cuantum satis!** Empecemos por echar una onza de él en el agua, y luego veremos. ¿No es verdad? Primero con agua, y después, **per se.**

El médico y Obtesov se sientan al lado del mostrador, se quitan los gorros y se ponen a beber vino tinto.

—¡Hay que confesar que es malísimo! ¡Que es un **vinum malisimum!**

—Pero con una presencia así... parece un néctar. ¡Es usted maravillosa, señora! Le beso la mano con el pensamiento.

—Yo hubiera dado mucho por poder hacerlo no con el pensamiento —dice Obtesov. ¡Palabra de honor que hubiera dado la vida!

—¡Déjese de tonterías! —dice la señora Chernomordik, sofocándose y poniendo cara seria.

—Pero, ¡qué coqueta es usted!.. —ríe despacio el médico, mirándola con picardía. Sus ojitos disparan ¡pif!, ¡paf! y tenemos que felicitarla por su victoria, porque nosotros somos los conquistados.

La boticaria mira los rostros sonrosados, escucha su charla y no tarda en animarse a su vez. ¡Oh!.. Ya está alegre, ya toma parte en la conversación, ríe y coquetea, y, por fin, después de hacerse rogar mucho de los compradores, bebe dos onzas de vino tinto.

—Ustedes, señores oficiales, deberían venir más a menudo a la ciudad desde el campamento —dice—, porque esto, si no, es de un aburrimiento atroz. ¡Yo me muero de aburrimiento!

—Lo creo —se espanta el médico. ¡Una piña tan bonita! ¡Una maravilla así de la Naturaleza, y en un rincón tan recóndito! ¡Qué maravillosamente bien lo dijo Griboedov! "¡Al rincón recóndito! ¡A Saratov!.." Ya es hora, sin embargo, de que nos marchemos. Encantados de haberla conocido..., encantadísimos... ¿Qué la debemos?

La boticaria alza los ojos al techo y mueve los labios durante largo rato.

—Doce rublos y cuarenta y ocho kopeikas —dice.

Obtesov saca del bolsillo una gruesa cartera, revuelve durante largo tiempo un fajo de billetes y paga.

—Su marido estará durmiendo tranquilamente..., estará soñando... —balbucea al despedirse, mientras estrecha la mano de la boticaria.

—No me gusta oír tonterías.

—¿Tonterías? Al contrario... Estas no son tonterías... Hasta el mismo Shakespeare decía: "Bienaventurado aquel que de joven fue joven..."

—¡Suelte mi mano!

Por fin, los compradores, tras larga charla, besan la mano de la boticaria e indecisos, como si se dejaran algo olvidado, salen de la botica. Ella corre a su dormitorio y se sienta junto a la ventana. Ve cómo el teniente y el doctor, al salir de la botica, recorren perezosamente unos veinte pasos. Los ve pararse y ponerse a hablar de algo en voz baja. ¿De qué? Su corazón late, le laten las sienes también... ¿Por qué? Ella misma no lo sabe. Su corazón palpita fuertemente, como si lo que hablaran aquellos dos en voz baja fuera a decidir su suerte. Al cabo de unos minutos el médico se separa de Obtesov y se aleja, mientras que Obtesov vuelve. Una y otra vez pasa por delante de la botica... Tan pronto se detiene junto a la puerta como echa a andar otra vez. Por fin, suena el discreto tintineo de la campanilla.

La boticaria oye de pronto la voz de su marido, que dice:

—¿Qué?.. ¿Quién está ahí? Están llamando. ¿Es que no oyes?.. ¡Que desorden!

Se levanta, se pone la bata y, tambaleándose todavía de sueño y con las zapatillas en chancletas, se dirige a la botica.

—¿Qué es? ¿Qué quiere usted? —pregunta a Obtesov.

—Déme..., déme quince **kopeikas** de pastillas de menta.

Respirando ruidosamente, bostezando, quedándose dormido al andar y dándose con las rodillas en el mostrador, el boticario se empina hacia el estante y coge el frasco...

Unos minutos después la boticaria ve salir a Obtesov de la botica, le ve dar algunos pasos y arrojar al camino lleno de polvo las pastillas de menta. Desde una esquina, el doctor le sale al encuentro. Al encontrarse, ambos gesticulan y desaparecen en la bruma matinal.

—¡Oh, qué desgraciada soy! —dice la boticaria, mirando con enojo a su marido, que se desviste rápidamente para volverse a echar a dormir.

—¡Qué desgraciada soy! —repite.

Y de repente rompe a llorar con amargas lágrimas. Y nadie..., nadie sabe...

—Me he dejado olvidadas quince **kopeikas** en el mostrador —masculla el boticario arropándose en la manta. Haz el favor de guardarlas en la mesa

Y al punto se queda dormido.

LA DAMA DEL PERRITO

Corrió la voz de que por el malecón se había visto pasear a un nuevo personaje: **La dama del perrito.**

Dmitrii Dmitrich Gurov, residente en Yalta hacía dos semanas y habituado ya a aquella vida, empezaba también a interesarse por las caras nuevas. Desde el Pabellón Verne, en que solía sentarse, veía pasar a una dama joven, de mediana estatura, rubia y tocada con una boina. Tras ella corría un blanco **lulú.**

Después, varias veces al día se la encontraba en el parque y en los jardinillos públicos. Paseaba sola, llevaba siempre la misma boina y se acompañaba del blanco **lulú.** Nadie sabía quién era y todos la llamaban **La dama del perrito.**

"Si está aquí sin marido y sin amigos, no estaría mal trabar conocimiento con ella", pensó Gurov.

Este no había cumplido todavía los cuarenta años, pero tenía ya una hija de doce y dos hijos colegiales. Se había casado muy joven, cuando aún era estudiante de segundo año, y ahora su esposa parecía dos veces mayor que él. Era ésta una mujer alta, de oscuras cejas, porte rígido, importante y grave y se llamaba a sí misma **intelectual.** Leía mucho, no escribía cartas y llamaba a su marido Dimitrii, en lugar de Dmitrii. El, por su parte, la consideraba de corta inteligencia, estrecha de miras y falta de gracia, por lo que, temiéndola, no le agradaba permanecer en el hogar. Hacía mucho tiempo que había empezado a engañarla con frecuencia, siendo sin duda ésta la causa de que casi siempre hablara mal de las mujeres. Cuando en su presencia se aludía a ellas, exclamaba:

—¡Raza inferior!

Considerábase con la suficiente amarga experiencia para aplicarlas este calificativo, no obstante lo cual, sin esta **raza inferior** no podía vivir ni dos días seguidos. Con los hombres se aburría, se mostraba frío y poco locuaz; y, en cambio, en compañía de mujeres se sentía despreocupado. Ante ellas sabía de qué hablar y cómo proceder, y hasta el permanecer silencioso a su lado le resultaba fácil. Su exterior, su carácter, estaba dotado de un algo imperceptible, pero atrayente para las mujeres. El lo sabía, y a su vez se sentía llevado hacia ellas por una fuerza desconocida.

La experiencia, una amarga experiencia, en efecto, le había demostrado hacía mucho tiempo que todas esas relaciones que al principio tan gratamente amenizan la vida, presentándose como aventuras fáciles y agradables, se convierten siempre para las personas serias, principalmente para los moscovitas, indecisos y poco dinámicos, en un problema extremadamente complicado, con lo que la situación acaba haciéndose penosa. Sin embargo, a pesar de ello, a cada nuevo encuentro con una mujer interesante, la experiencia, resbalando de su memoria, se deslizaba no se sabía hacia dónde... Quería uno vivir, y ¡todo parecía tan sencillo y tan divertido!...

Así, pues, hallábase un día al atardecer comiendo en el jardín, cuando la dama de la boina, tras acercarse con paso reposado, fue a ocupar la mesa vecina. Su expresión, su manera de andar, su vestido, su peinado, todo revelaba que pertenecía a la buena sociedad, que era casada, que venía a Yalta por primera vez, que estaba sola y que se aburría...

Los chismes sucios sobre la moral de la localidad encerraban mucha mentira. El aborrecía aquellos chismes; sabía que, la mayoría de ellos, habían sido inventados por personas que hubieran prevaricado gustosas de haber sabido hacerlo; pero, sin embargo, cuando aquella dama fue a sentarse a tres pasos de él, a la mesa vecina, todos esos chismes acudieron a su memoria: fáciles conquistas..., excursiones por la montaña... Y el pensamiento tentador de una rápida y pasajera novela junto a una mujer de nombre y apellidos desconocidos se apoderó de él. con un ademán cariñoso llamó a **lulú,** y cuando lo tuvo cerca le amenazó con el dedo. El **lulú** gruñó, y Gurov volvió a amenazarle. La dama le lanzó una ojeada, bajando la vista en el acto.

—No muerde —dijo enrojeciendo.

—¿Puedo darle un hueso?

Ella movió la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Hace mucho que ha llegado? —siguió preguntando Gurov en tono afable.

—Unos cinco días.

—Yo llevo aquí ya casi dos semanas.

Quedaron un momento silenciosos.

—El tiempo pasa de prisa y, sin embargo, se aburre uno aquí —dijo ella sin mirarle.

—Suele decirse, en efecto, que esto es aburrido... En su casa de cualquier pueblo..., de un Beleb o de un Jisdra..., no se aburre uno, y se llega aquí y se empieza a decir en seguida: ¡Ah, qué aburrido! ¡Ah, qué polvo!..." ¡Enteramente como si viniera uno de Granada!...

Ella se echó a reír. Luego ambos siguieron comiendo en silencio, como dos desconocidos; pero después de la comida salieron juntos y entablaron una de esas charlas ligeras, en tono de broma, propia de las personas libres, satisfechas, a quienes da igual adónde ir y de qué hablar. Paseando comentaban el singular tono de luz que iluminaba el mar: tenía el agua un colorido lila, y una raya dorada que partía de la luna corría sobre ella. Hablaban de la atmósfera, tras el día caluroso, era sofocante. Gurov le contaba que era moscovita y por sus estudios, filólogo, pero que trabajaba en un Banco. Hubo un tiempo en el que pensó cantar en la ópera, pero lo dejó. Tenía dos casas en Moscú... De ella supo que se había criado en Petersburgo, casándose después en la ciudad de S..., donde residía hacía dos años, y que estaría todavía un mes en Yalta, adonde quizá vendría a buscarla su marido, que también quería descansar. En cuanto a en qué consistía el trabajo de éste, no sabía explicarlo, cosa que le hacía reír. También supo Gurov que se llamaba Anna Sergueevna.

Después, en su habitación, continuó pensando en ella y en que al otro día seguramente volvería a encontrarla. Y así había de ser. Mientras se acostaba repasó en su memoria que aquella joven dama aún hacía poco estaba estudiando en un pensionado, como ahora estudiaba su hija. Recordó, la falta de aplomo que había todavía en su risa cuando conversaba con un desconocido. Era ésta seguramente la primera vez en que se veía envuelta en aquel ambiente...: perseguida, contemplada con un fin secreto que no podía dejar de adivinar. Recordó su fino y débil cuello, sus bonitos ojos de color gris.

"Hay algo en ella que inspira lástima", pensaba al quedarse dormido.

II

Ya hacia una semana que la conocía. Era día de fiesta. En las habitaciones había una atmósfera sofocante, y por las calles el viento, arrebatando sombreros, levantaba remolinos de polvo. La sed era constante, y Gurov entraba frecuentemente en el pabellón, tan pronto en busca de jarabe como de helados con que obsequiar a Anna Sergueevna. No sabía uno dónde meterse. Al anochecer, cuando se calmó el viento, fueron al muelle a presenciar la llegada del vapor. El embarcadero estaba lleno de paseantes y de gentes con ramos en las manos que acudían allí para recibir a alguien. Dos particularidades del abigarrado gentío de Yalta aparecían sobresalientes: que las damas de edad madura vestían como las jóvenes y que había gran número de generales. Por estar el



mar agitado, el vapor llegó con retraso, cuando ya el sol se había puesto, permaneciendo largo rato dando vueltas antes de ser amarrado en el muelle.

Anna Sergueevna miraba al vapor y a los pasajeros a través de sus impertinentes, como buscando algún conocido, y al dirigirse a Gurov le brillaban los ojos. Charlaba sin cesar y hacía breves preguntas, olvidándose en el acto de lo que había preguntado. Luego extravió los impertinentes entre la muchedumbre. Esta, compuesta de gentes bien vestidas, empezó a dispersarse; ya no podían distinguirse los rostros. El viento había cesado por completo.

Gurov y Anna Sergueevna continuaban de pie, como esperando a que alguien más bajara del vapor. Anna Sergueevna no decía ya nada, y sin mirar a Gurov aspiraba el perfume de las flores.

—El tiempo ha mejorado mucho. —dijo éste—. ¿Adónde vamos ahora? ¿Y si nos fuéramos a alguna parte?

Ella no contestó nada.

El entonces la miró fijamente y de pronto la abrazó y la besó en los labios, percibiendo el olor y la humedad de las flores; pero en seguida miró asustado a su alrededor para cerciorarse de que nadie les había visto.

—Vamos a su hotel —dijo en voz baja.

Y ambos se pusieron en marcha rápidamente.

El ambiente de la habitación era sofocante y olía al perfume comprado por ella en la tienda japonesa. Gurov, mirándola, pensaba en cuantas mujeres había conocido en la vida. Del pasado guardaba el recuerdo de algunas inconscientes, benévolas, agradecidas a la felicidad que les daba, aunque ésta fuera efímera; de otras, como, por ejemplo, su mujer, cuya conversación era excesiva, recordaba su amor insincero, afectado, histérico..., que no parecía amor ni pasión, sino algo mucho más importante. Recordaba también a dos o tres bellas, muy bellas y frías, por cuyos rostros pasaba súbitamente una expresión de animal de presa, de astuto deseo de extraer a la vida más de lo que puede dar. Estas mujeres no estaban ya en la primera juventud, eran caprichosas, voluntariosas y poco inteligentes, y su belleza despertaba en Gurov, una vez desilusionado, verdadero aborrecimiento, antojándosele escamas los encajes de sus vestidos.

Aquí, en cambio, existía una falta de valor, la falta de experiencia propia de la juventud, tal sensación de azoramiento que le hacía a uno sentirse desconcertado, como si alguien de repente hubiera llamado a la puerta. Anna Sergueevna, **La dama del perrito,** tomaba aquello con especial seriedad, considerándolo como una caída, lo cual era singular e inadecuado. Como la pecadora de un cuadro antiguo, permanecía pensativa, en actitud desconsolada.

—¡Esto está muy mal —dijo—, y usted será el primero en no estimarme!

Sobre la mesa había una sandía, de la que Gurov se cortó una loncha, que empezó a comerse despacio. Una media hora, por lo menos, transcurrió en silencio. Anna Sergueevna presentaba el aspecto conmovedor, ingenuo y honrado de la mujer sin experiencia de la vida. Una vela solitaria colocada encima de la mesa apenas iluminaba su rostro; pero, sin embargo, veíase su sufrimiento.

—¿Por qué voy a dejar de estimarte? —preguntó Gurov—. No sabes lo que dices.

—¡Que Dios me perdone!... —dijo ella, y sus ojos se arrasaron en lágrimas—. ¡Esto es terrible!

—Parece que te estás excusando.

—¡Excusarme!... ¡Soy una mala y ruin mujer!... ¡Me aborrezco a mi misma... ¡No es a mi marido a quien he engañado...; he engañado a mi propio ser! ¡Y no solamente ahora..., sino hace ya tiempo!... ¡Mi marido es bueno y honrado, pero... un lacayo! ¡No sé qué hace ni en qué trabaja, pero sí sé que es un lacayo!... ¡Cuando me casé con él tenía veinte años! ¡Después de casada, me torturaba la curiosidad por todo!... ¡Deseaba algo mejor! ¡Quería otra vida!... ¡Deseaba vivir!... ¡Aquella curiosidad me abrasaba!... ¡Usted no podrá comprenderlo, pero juro ante Dios que ya era incapaz de dominarme!... ¡Algo pasaba dentro de mí que me hizo decir a mi marido que me encontraba mal y venir!... Aquí, al principio, iba de un lado para otro, como presa de locura..., y ahora soy una mujer vulgar..., mala..., a la que todos pueden despreciar.

A Gurov le aburría escucharla. Le molestaba aquel tono ingenuo, aquel arrepentimiento tan inesperado e impropio. Si no hubiera sido por las lágrimas que llenaban sus ojos, podía haber pensado que bromeaba o que estaba representando un papel dramático.

—No comprendo —dijo lentamente—. ¿Qué es lo que quieres?

Ella ocultó el rostro en su pecho y contestó:

—¡Créame!... ¡Créame, se lo suplico!... ¡Amo la vida honesta y limpia y el pecado me parece repugnante!... ¡Yo misma no comprendo mi conducta! ¡La gente sencilla dice: "¡Culpa del maligno!"..., y, ¡eso mismo digo yo!... ¡Culpa del maligno!

—Bueno, bueno... —masculló él.

Luego miró sus ojos, inmóviles y asustados, la besó y comenzó a hablarla despacio, en tono cariñoso, y tranquilizándose ella, la alegría volvió a sus ojos y ambos rieron otra vez. Después se fueron a pasear por el malecón, que estaba desierto. La ciudad, con sus cipreses, tenía un aspecto muerto; pero el mar rugía al chocar contra la orilla. Sólo un vaporcillo, sobre el que oscilaba la luz de un farolito, se mecía sobre las olas. Encontraron un **isvoschik** y se fueron a Oranda.

—Ahora mismo acabo de enterarme de tu apellido en la portería. En la lista del Hotel está escrito este nombre: "Von Dideritz"—dijo Gurov.— ¿Es alemán tu marido?

—No; pero, según parece, lo fue su abuelo. El es ortodoxo.

En Oranda estuvieron un rato sentados en un banco, no lejos de la iglesia, silenciosos y mirando el mar, a sus pies. Apenas era visible Yalta en la bruma matinal. Sobre la cima de las montañas había blancas nubes inmóviles, nada agitaba el follaje de los árboles, oíase el canto de la chicharra y de abajo llegaba el ruido del mar hablando de paz y de ese sueño eterno que a todos nos espera. El mismo ruido haría el mar allá abajo, cuando aún no existían ni Yalta ni Oranda...; el mismo ruido indiferente seguirá haciendo cuando ya no existamos nosotros. Y esta permanencia, esta completa indiferencia hacia la vida y la muerte en cada uno de nosotros constituye la base de nuestra eterna salvación, del incesante perfeccionamiento... Sentado junto a aquella joven mujer, tan bella en la hora matinal, tranquilo y hechizado por aquel ambiente de cuentos de hadas, de mar, de montañas, de nubes y de ancho cielo... Gurov pensaba en que, bien considerado, todo en el mundo era maravilloso... ¡Y todo lo era en efecto..., excepto lo que nosotros pensamos y hacemos cuando nos olvidamos del alto destino de nuestro ser y de la propia dignidad humana!...

Un hombre, seguramente el guarda, se acercó a ellos. Les miró y se fue, pareciéndole este detalle también bello y misterioso. Iluminado por la aurora y con las luces ya apagadas, vieron llegar el barco de Feodosia.

—La hierba está llena de rocío —dijo Anna Sergueevna después de un rato de silencio.

—Sí. Ya es hora de volver.

Regresaron a la ciudad.

Después, cada mediodía, siguieron encontrándose en el malecón. Almorzaban juntos, comían, paseaban y se entusiasmaban con la contemplación del mar. Ella observaba que dormía mal y que su corazón palpitaba intranquilo. Le hacía las mismas preguntas, tan pronto excitadas por los celos como por el miedo de que él no la estimara suficientemente. El, a menudo, en el parque o en los jardinillos, cuando no había nadie cerca, la abrazaba de pronto apasionadamente. Aquella completa ociosidad, aquellos besos en pleno día, llenos del temor de ser vistos, el calor, el olor a mar y el perpetuo vaivén de gentes satisfechas, ociosas, ricamente vestidas, parecían haber transformado a Gurov. Este llamaba a Anna Sergueevna bonita y encantadora, se apasionaba, no se separaba ni un paso de ella; que, en cambio, solía quedar pensativa, pidiéndole que la confesara que no la quería y que sólo la consideraba una mujer vulgar. Casi todos los atardeceres se marchaban a algún sitio de las afueras, a Oranda o a contemplar alguna catarata. Estos paseos resultaban gratos, y las impresiones recibidas en ellos, siempre prodigiosas y grandes.

Se esperaba la llegada del marido. Un día, sin embargo, recibióse una carta en la que éste se quejaba de un dolor en los ojos, suplicando a su mujer que regresara pronto a su casa. Anna Sergueevna aceleró los preparativos de marcha.

—En efecto, es mejor que me vaya —dijo a Gurov—. ¡Así lo dispone el Destino!

Acompañada por él y en coche de caballos, emprendió el viaje, que duró el día entero. Una vez en el vagón del rápido y al sonar la segunda campanada, dijo:

—¡Déjeme que le mire otra vez! ¡Otra vez! ¡Así!...

No lloraba, pero estaba triste; parecía enferma y había un temblor en su rostro.

—¡Pensaré en usted! —decía—. ¡Le recordaré! ¡Quede con Dios!... ¡Guarde una buena memoria de mí! ¡Nos despedimos para siempre! ¡Es necesario que así sea! ¡No deberíamos habernos encontrado nunca! ¡No!... ¡Quede con Dios!

El tren partió veloz, desaparecieron sus luces, y un minuto después extinguíase el ruido de sus ruedas, como si todo estuviera ordenado a que aquella dulce enajenación, aquella locura, cesaran más de prisa. Solo en el andén, con la sensación del hombre que acaba de despertar, Gurov fijaba los ojos en la lejanía, escuchando el canto de la chicharra y la vibración de los hilos telegráficos. Pensaba que en su vida había un éxito, una aventura, de la que no quedaría más que el recuerdo. Se sentía conmovido, triste y un poco arrepentido. Esta joven mujer, a la que no volvería a ver, no había sido feliz a su lado. Siempre se había mostrado con ella afable y afectuoso; pero, a pesar de tal proceder, su tono y su mismo cariño traslucían una ligera sombra de mofa, la brutal superioridad del hombre feliz, de edad casi doble. Ella le calificaba constantemente de bueno, de extraordinario, de elevado. Le consideraba sin duda como no era, lo cual significaba que la había engañado sin querer... En la estación comenzaba a oler a otoño y el aire del anochecer era fresco.

"¡Ya es hora de marcharse al Norte! —pensaba Gurov al abandonar el andén—. ¡Ya es hora!..."

III

En su casa de Moscú todo había adquirido aspecto invernal: el fuego ardía en las estufas y el cielo, por las mañanas, estaba tan oscuro que el aya, mientras los niños, disponiéndose para ir al colegio, tomaban el té, encendía la luz. Caían las primeras heladas... ¡Es tan grato en el primer día de nieve ir por primera vez en trineo!... ¡Contemplar la tierra blanca, los tejados blancos!... ¡Aspirar el aire sosegadamente, en tanto que a la memoria acude el recuerdo de los años de adolescencia!... Los viejos tilos, los abedules, tienen bajo su blanca cubierta de escarcha una expresión bondadosa. Están más cercanos al corazón que los cipreses y las palmeras, y en su proximidad no quiere uno pensar ya en el mar ni en las montañas.

Gurov era moscovita. Regresó a Moscú en un buen día de helada y cuando, tras ponerse la pelliza y los guantes de

invierno, se fue a pasear por Petrovka (1), así como cuando el sábado, al anochecer, escuchó el sonido de las campanas, aquellos lugares visitados por él durante su reciente viaje perdieron a sus ojos todo encanto. Poco a poco comenzó a sumergirse otra vez en la vida moscovita. Leía ya ávidamente tres periódicos diarios (no los de Moscú, que decía no leer por una cuestión de principio), le atraían los restaurantes, los casinos, las comidas, las jubilaciones..., le halagaba frecuentaran su casa abogados y artistas de fama, jugar a las cartas en el Círculo de los Médicos con algún eminente profesor y comerse una ración entera de **selianka** (2). Un mes transcurría y el recuerdo de Anna Sergueevna se llenaría de bruma en su memoria (así al menos se lo figuraba), y sólo de vez en vez volvería a verla en sueños, con su sonrisa conmovedora, como veía a las otras.

Más de un mes transcurrió, sin embargo; llegó el rigor del invierno y en su recuerdo permanecía todo tan claro como si sólo la víspera se hubiera separado de Anna Sergueevna. Este recuerdo se hacía más vivo cuando, por ejemplo, en la quietud del anochecer llegaban hasta su despacho las voces de sus niños estudiando sus lecciones, al oir cantar una romanza, cuando percibía el sonido del órgano del restaurante o aullaba la ventisca en la chimenea... Todo entonces resucitaba de pronto en su memoria: la escena del muelle, la mañana temprana, las montañas neblinosas, el vapor de Feodosia, los besos. Recordándolo y sonriendo paseaba largo rato por su habitación, y el recuerdo se hacía luego ensueño, se mezclaba en su mente con imágenes del futuro. Ya no soñaba con Anna Sergueevna. Era ella misma la que le seguía a todas partes como una sombra. Cerraba los ojos y la veía cual viva, más bella, más joven, más tierna y afectuosa de lo que era en realidad. También él se creía mejor de lo que era en Yalta. Durante el anochecer, ella le miraba desde la librería, desde la chimenea, desde un rincón... Percibía su aliento y el suave roce de su vestido. Por la calle, su vista seguía a todas las mujeres, buscando entre ellas alguna que se le pareciera.

El fuerte deseo de comunicar a alguien su recuerdo comenzaba a oprimirle, pero en su casa no podía hablar de aquel amor, y fuera de ella no tenía con quién expansionarse. No podía hablar de ella con los vecino ni en el Banco... ¿Encerraban algo bello, poético, aleccionador, o simplemente interesante sus sentimientos hacia Ana Sergueevna?... Tenía que limitarse a hablar abstractamente del amor de las mujeres; pero de una manera que nadie pudiera adivinar cuál era su caso, y tan sólo la esposa, alzando las oscuras cejas, solía decirle:

—¡Dimitrii! ¡El papel de fatuo no te va nada bien!

Una noche, al salir del Círculo Médico con su compañero de partida, el funcionario, no pudiendo contenerse, dijo a éste:

—¡Si supiera usted qué mujer más encantadora conocí en Yalta!...

El funcionario, tras acomodarse en el asiento del trineo, que emprendió la marcha, volvió de repente la cabeza y gritó:

—¡Dmitrii Dmitrich!...

—¿Qué?

—¡Tenía usted razón antes! ¡El esturión no estaba del todo fresco!

Tan sencillas palabras, sin saber por qué, indignaron a Gurov. Se le antojaban sucias y mezquinas... ¡Qué costumbres salvajes aquellas! ¡Qué gentes! ¡Qué veladas necias! ¡Qué días anodinos y desprovistos de interés!... ¡Todo se reducía a un loco jugar a los naipes, a gula, a borracheras, a charlas incesantes sobre las mismas cosas! El negocio innecesario, la conversación sobre repetidos temas absorbía la mayor parte del tiempo y las mejores energías, resultando al fin de todo ello una vida absurda, disforme y sin alas, de la que no era posible huir, escapar, como si se estuviera preso en una casa de locos, o en un correccional.

Lleno de indignación, Gurov no pudo pegar los ojos en toda la noche, y el día siguiente lo pasó con dolor de cabeza. Las noches sucesivas durmió también mal y hubo de permanecer sentado en la cama o de pasear a grandes pasos por la habitación. Se aburría con los niños, en el Banco y no tenía gana de ir a ninguna parte ni de hablar de nada.

En diciembre, al llegar las fiestas, hizo sus preparativos de viaje, y diciendo a su esposa que, con motivo de unas gestiones en favor de cierto joven, se veía obligado a ir a Petersburgo, salió para la ciudad de S... El mismo no sabía lo que hacía. Quería solamente ver a Anna Sergueevna, hablar con ella, organizar una entrevista si era posible.

Llegó a S... por la mañana, ocupando en la fonda una habitación, la mejor, con el suelo alfombrado de paño. Sobre la mesa, y gris de polvo, había un tintero que representaba a un jinete sin cabeza, cuyo brazo levantado sostenía un sombrero. Del portero obtuvo la necesaria información. Los von Dideritz vivían en la calle Staro-Goncharnaia, en casa propia, no lejos de la fonda. Llevaban una vida acomodada y lujosa, tenían caballos de su propiedad y en la ciudad todo el mundo les conocía...

—Didiritz —pronunciaba el portero.

Gurov se encaminó a paso lento hacia la calle Staro-Goncharnaia en busca de la casa mencionada. Precisamente frente a ésta se extendía una larga cerca gris guarnecida de clavos.

"¡A cualquiera le darían ganas de huir de esta cerca! —pensó Gurov mirando tan pronto a ésta como a las ventanas—. Hoy es día festivo —seguía cavilando— y el marido estará en casa seguramente. De todas maneras sería falta de tacto entrar. Una nota pudiera caer en manos del marido y estropearlo todo. Lo mejor será buscar una ocasión".

Y continuaba paseando por la calle y esperando junto a la cerca aquella ocasión. Desde allí vio cómo un mendigo que atravesaba la puerta cochera era atacado por los perros. Más tarde, una hora después, oyó tocar el piano. Sus sonidos llegaban hasta él, débiles y confusos. Sin duda era Anna Sergueevna la que tocaba. De pronto se abrió la puerta principal dando paso a una viejecita, tras de la que corría el blanco y conocido **lulú**. Gurov quiso llamar al perro, pero se lo impidieron unas súbitas palpitaciones y el no poder recordar el nombre de **lulú**.

Siempre paseando, su aborrecimiento por la cerca gris crecía y crecía, y ya excitado, pensaba que Anna Sergueevna se había olvidado de él y se divertía con otro, cosa sumamente natural en una mujer joven, obligada a contemplar de la mañana a la noche aquella maldita cerca. Volviendo a su habitación de la fonda, se sentó en el diván, en el que permaneció largo rato sin saber qué hacer. Después comió y pasó mucho tiempo durmiendo.

"¡Qué necio e intranquilizador es todo esto! —pensó cuando al despertarse fijó la vista en las oscuras ventanas por las que entraba la noche—. Tampoco sé por qué me he dormido ahora... ¿Cómo voy a dormir luego?"

Después, sentado en la cama y arropándose en una manta barata de color gris, semejante a las usadas en los hospitales, decía enojado, burlándose de sí mismo:

"¡Toma, dama del perrito!... ¡Toma, aventurera!... ¡Aquí te estás sentado!..."

De pronto pensó en que todavía, por la mañana, en la estación, le había saltado a la vista un cartel con el anuncio en grandes letras de la representación de **Geisha**... Recordándolo, se dirigió al teatro.

"Es muy probable que vaya a los estrenos", se dijo.

El teatro estaba lleno. En él, como ocurre generalmente en los teatros de provincia, una niebla llenaba la parte alta de la sala, sobre la araña; el paraíso se agitaba ruidosamente, y en primera y con las manos a la espalda a los petimetres del lugar. En el palco del gobernador y en el sitio principal, con un **boa** al cuello, estaba sentada la hija de aquél, que se ocultaba tímidamente tras la cortina, y de la que sólo eran visibles las manos. El telón se movía y la orquesta pasó largo rato afinando sus instrumentos. Los ojos de Gurov buscaban ansiosamente, sin cesar, entre el público que ocupaba sus sitios, Anna Sergueevna entró también. Al verla tomar asiento en la tercera fila, el corazón de Gurov se encogió, pues comprendía claramente que no existía ahora para él un ser más próximo, querido e importante. Aquella pequeña mujer en la que nada llamaba la atención, con sus vulgares impertinentes en la mano, perdida en el gentío provinciano, llenaba ahora toda su vida, era su tormento, su alegría, la única felicidad que deseaba. Y bajo los sonidos de los malos violines de una mala orquesta pensaba en su belleza. Pensaba y soñaba.

Con Anna Sergueevna y tomando asiento a su lado había entrado un joven de patillas cortitas, muy alto y cargado de hombros. Al andar, a cada paso que daba, su cabeza se inclinaba hacia adelante, en un movimiento de perpetuo saludo. Sin duda era éste el marido, al que ella en Yalta, movida por un sentimiento de amargura, había llamado **lacayo**. En efecto, su larga figura, sus patillas, su calvita tenían algo de tímido y **lacayesco**. Su sonrisa era dulce y en su ojal brillaba una docta insignia, que parecía, sin embargo, una chapa de lacayo.

Durante el primer entreacto el marido salió a fumar, quedando ella sentada en la butaca. Gurov, que también tenía su localidad en el patio de butacas, acercándose a ella le dijo en voz forzada y temblorosa y sonriendo:

¡Buenas noches!

Ella alzó los ojos hacia él y palideció. Después volvió a mirarle, otra vez espantada, como si no pudiera creer lo que veía. Sin duda, luchando consigo misma para no perder el conocimiento, apretaba fuertemente entre las manos el abanico y los impertinentes. Ambos callaban. Ella permanecía sentada. Él, de pie, asustado de aquel azoramiento, no se atrevía a sentarse a su lado. Los violines y la flauta, que estaban siendo afinados por los músicos, empezaron a cantar, pareciéndoles de repente que desde todos los palcos les miraban. He aquí que ella, levantándose súbitamente, se dirigió apresurada hacia la salida. Él la siguió. Y ambos, con paso torpe, atravesaron pasillos y escaleras, tan pronto subiendo como bajando, en tanto que ante sus ojos desfilaban raudas, gentes con uniformes: unos judiciales, otros correspondientes a instituciones de enseñanza, y todos ornados de insignias. Asimismo, desfilaban figuras de damas; el vestuario, repleto de pellizas; mientras el soplo de la corriente les azotaba el rostro con un olor a colillas.

Gurov, que empezaba a sentir fuertes palpitaciones, pensaba:

"¡Oh, Dios mío!... ¿Para qué existirá toda esta gente?... ¿Esta orquesta?"

En aquel momento acudió a su memoria la noche en que había acompañado a Anna Sergueevna a la estación, diciéndose a sí misma que todo había terminado y que no volverían a verse... ¡Cuán lejos estaban todavía, sin embargo, del fin!

En una sombría escalera, provista del siguiente letrero "Entrada al anfiteatro", ella se detuvo.

—¡Qué susto me ha dado usted! —dijo con el aliento entrecortado y aún pálida y aturdida—. ¡Apenas si vivo! ¿Por qué ha venido? ¿Por qué...

—¡Compréndame, Anna! ¡Compréndame! —dijo él de prisa y a media voz—. ¡Se lo suplico! ¡Vámonos!

Ella le miraba con expresión de miedo, de súplica, de

(1) Una de las calles principales de Moscú.
(2) Manjar ruso.

amor. Le miraba fijamente, como si quisiera grabar sus rasgos de un modo profundo en su memoria.

—¡Sufro tanto! —proseguía sin escucharle—. ¡Durante todo este tiempo sólo he pensado en usted! ¡No he tenido más pensamiento que usted! ¡Quería olvidarle!... ¡Oh, ¿Por qué ha venido?... ¿Por qué?...

En un descansillo de la escalera, a alguna distancia de ellos, fumaban dos estudiantes, pero a Gurov le resultaba indiferente. Atrayendo hacia sí a Anna Sergueevna, empezó a besarla en el rostro, en las mejillas, en las manos.

—¿Qué hace usted? ¿Qué hace?... —decía ella rechazándole presa de espanto—. ¡Estamos locos! ¡Márchese hoy mismo! ¡Ahora mismo!... ¡Se lo suplico!... ¡Oh, alguien viene!... —alguien subía en efecto por la escalera—. ¡Es preciso que se marche! —proseguía Anna Sergueevna en un murmullo—. ¿Lo oye, Dmitrii Dmitrich?... ¡Yo iré a verle a Moscú, pero ahora tenemos que despedirnos, amado mío!... ¡Despidámonos!

Estrechándole la mano, empezó a bajar apresuradamente la escalera, pudiendo leerse en sus ojos, cuando volvía la cabeza para mirarle, cuán desgraciada era en efecto.

Gurov permaneció allí algún tiempo, prestando oído; luego, cuando todo quedó silencioso, recogió su abrigo y se marchó al tren.

IV

Y Anna Sergueevna empezó a ir a visitarlo a Moscú. Cada dos o tres meses, una vez diciendo a su marido que tenía que consultar al médico, dejaba la ciudad de S... El marido a la vez la creía y no la creía. Una vez en Moscú, se hospedaba en el hotel Slavianskii Basar, desde donde enviaba en seguida aviso a Gurov. Este iba a verla, y nadie en Moscú se enteraba. Una mañana de invierno y acompañando a su hija al colegio, por estar éste en su camino, se dirigía como otras veces a verla (su recado no le había encontrado en casa la víspera). Caía una fuerte nevada.

—Estamos a tres grados sobre cero y nieva —decía Gurov a su hija—. ¡Claro que esta temperatura es sólo la de la superficie de la tierra!... ¡En las altas capas atmosféricas es completamente distinta!...

—¿Papá..., ¿por qué no hay truenos en invierno?

Gurov la explicó también esto. Mientras hablaba pensaba en que nadie sabía ni sabría, seguramente nunca, nada de la cita a la que se dirigía. Había llegado a tener dos vidas: una, clara, que todos veían y conocían, llena de verdad y engaños condicionales, semejante en todo a la de sus amigos y conocidos; otra, que discurría en el misterio. Por una singular coincidencia, tal vez casual, cuanto para él era importante, interesante, indispensable... en todo aquello en que se engañaba a sí mismo y era sincero..., cuanto constituía la médula de su vida, permanecía oculto a los demás, mientras que lo que significaba su mentira, la envoltura exterior en que se escondía, con el fin de esconder la verdad (por ejemplo, su actividad en el Banco, las discusiones del Círculo sobre la raza inferior, la asistencia a jubilaciones en compañía de su esposa), quedaba de manifiesto. Juzgando a los demás a través de sí mismo, no daba crédito a lo que veía, suponiendo siempre que en cada persona bajo el manto del misterio como bajo el manto de la noche, se ocultaba la verdadera vida interesante. Toda existencia individual descansa sobre el misterio y quizá es en parte por eso por lo que el hombre culto se afana tan nerviosamente para ver respetado su propio misterio.

Después de dejar a su hija en el colegio, Gurov se dirigió al Slavianskii Basar. En el piso bajo se despojó de la pelliza tras subir las escaleras llamó con nudillos a la puerta. Anna Sergueevna, con su vestido gris, el preferido de él, cansada del viaje y de la espera, le aguardaba desde la víspera por la noche. Estaba pálida, en su rostro, al mirarle, no se dibujó ninguna sonrisa y apenas le vio entrar se precipitó a su encuentro, como si hiciera dos años que no se hubieran visto.

—¿Cómo estás? —preguntó él—. ¿Qué hay de nuevo?

—Espera... Ahora te diré... ¡No puedo!...

No podía hablar, en efecto, porque estaba llorando. Con la espalda vuelta hacia él, se apretaba el pañuelo contra los ojos.

"La dejaré que llore un poco mientras me siento", —pensó él, acomodándose en la butaca.

Luego llamó al timbre y encargó que trajeran el té. Mientras lo bebía, ella, siempre junto a la ventana, le daba la espalda... Lloraba con llanto nervioso, dolorosamente consciente de lo aflictiva que la vida se había hecho para ambos... ¡Para verse habían de ocultarse..., de esconderse como ladrones!... ¿No estaban acaso deshechas sus vidas?...

—No llores más —dijo él.

Para Gurov estaba claro que aquel mutuo amor tardaría en acabar. No se sabía en realidad cuándo acabaría. Anna Sergueevna se ataba a él por el afecto, cada vez más fuertemente. Le adoraba y era imposible decirla que todo aquello tenía necesariamente que tener un fin. No le hubiera creído siquiera!...

En el momento en que, acercándose a ella, la cogía por los hombros para decirla algo afectuoso, alguna broma..., se miró en el espejo.

Su cabeza empezaba a blanquear y se le antojó extraño que los últimos años pudieran haberle envejecido y afeado tanto... Los cálidos hombros sobre los que posaban sus manos se estremecían. Sentía piedad de aquella vida, tan bella todavía, y, sin embargo, tan próxima ya a marchitarse, sin duda como la suya propia. ¿Por qué le amaba tanto?... Siempre había parecido a las mujeres otra cosa de lo que era en realidad. No era su verdadera persona a la que éstas amaban, sino a otra, creada por su imaginación y a la que buscaban ansiosamente, no obstante lo cual, descubierto el error, seguían amándole. Ni una sola había sido dichosa con él. Con



el paso del tiempo las conocía y se despedía de ellas sin haber ni una sola vez amado. Ahora solamente, cuando empezaba a blanquearle el cabello, sentía por primera vez en su vida un verdadero amor.

El amor de Anna Sergueevna y el suyo era semejante al de dos seres cercanos, al de familiares, al de marido y mujer, al de dos entrañables amigos. Parecíales que la suerte misma les había destinado el uno al otro, resultándoles incomprensible que él pudiera estar casado y ella casada. Eran como el macho y la hembra de esos pájaros errabundos a los que, una vez apresados, se obliga a vivir en distinta jaula. Uno y otro se habían perdonado cuanto de vergonzoso hubiera en su pasado, se perdonaban todo en el presente y se sentían ambos transformados por su amor.

Antes, en momentos de tristeza, intentaba tranquilizarse con cuantas reflexiones le pasaban por la cabeza. Ahora no hacía estas reflexiones. Lleno de compasión, quería ser sincero y cariñoso.

—¡Basta ya, buenecita mía!— le decía a ella—. ¡Ya has llorado bastante! Hablemos ahora y veamos si se nos ocurre alguna idea!...

Después invertían largo rato en discutir, en consultarse sobre la manera de liberarse de aquella indispensabilidad de engañar, de esconderse, de vivir en distintas ciudades y de pasar largas temporadas sin verse...

"¿Cómo liberarse, en efecto, de tan insoportables tormentos?... ¿Cómo?... —se preguntaba él cogiéndose la cabeza entre las manos—. ¿Cómo?...".

Y les parecía que pasado algún tiempo más, la solución podría encontrarse... Que empezaría entonces una nueva vida maravillosa...

Ambos veían, sin embargo, claramente, que el final estaba todavía muy lejos y que lo más complicado y difícil no había hecho más que empezar.